

Selección

TERROR

CLARK CARRADOS

¡ ARDE, DIOSA, ARDE ¡


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

251 — «Shock», *Clark Carrados*.
252 — Las brujas de Comftock, *Burton Hare*.
253 — Cuando salga del ataúd, *Curtis Garland*.
254 — Al final de la noche, *Clark Carrados*.
255 — El estanque, *Ralph Barby*.

CLARK CARRADOS

¡ARDE, DIOSA, ARDE!

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 256
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 46.872 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: enero, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

El anfitrión estaba muy animado, lo mismo que la mayoría de invitados que habían asistido a la pequeña fiesta, celebrada para conmemorar el regreso de una arriesgada expedición realizada meses antes al corazón del África Central. Sir Everett Fyfe era el anfitrión y la fiesta tenía lugar en su lujosa mansión, situada a unas decenas de kilómetros al norte de Londres.

Los invitados eran todos hombres y los vinos habían corrido abundantemente durante la cena, compuesta por los más exquisitos manjares. Randy Morgan era uno de los invitados y, en honor a la verdad, no había abusado de la bebida. En su rostro no había el color rojo característico de la comida copiosa y regada con abundancia de vino. Después de la cena, el anfitrión, alto, grueso, sanguíneo por naturaleza, pero, además y en opinión de Morgan, orgulloso y pedante, sugirió a los huéspedes pasaran al salón, donde les servirían el café y los licores.

En total sumaban una docena de hombres, todos, lógicamente, vestidos de etiqueta. Cuando Morgan se levantó de la mesa, casi no sabía aún por qué se encontraba en Hasseldane Manor. De haberse tratado de su sola persona, no habría asistido a la fiesta; sir Everett no se codeaba con pobres diablos como él. Pero Morgan era periodista y su director, que sí había recibido la invitación, se había negado a asistir y él había debido hacerlo en su representación. Al director del periódico en el que trabajaba Morgan le ponía enfermo oír hablar de sir Everett, pero también, cuidadoso de sus relaciones sociales, no quería indisponerse con un hombre de influencia y se había refugiado en la cómoda excusa de un fuerte resfriado. En realidad, lo que sir Everett quería era publicidad y el que a su fiesta asistiese el director del periódico o uno de sus reporteros le era indiferente. Había acogido a Morgan con cortés benevolencia y luego le había ignorado casi por completo.

Charlando animadamente, el anfitrión y sus invitados pasaron al gran salón, en cuya chimenea ardía un alegre fuego. Morgan observó con curiosidad la gran cortina situada al fondo y que ocultaba por completo todo un lienzo de pared.

El mayordomo vigiló que las dos doncellas sirvieran adecuadamente el café y los licores. Luego la servidumbre se retiró y sir Everett y sus huéspedes quedaron solos.

En realidad, todos los presentes conocían ya la aventura de sir Everett y sus cuatro compañeros, posiblemente los únicos blancos que habían conseguido llegar hasta el ignoto país denominado Keshaua por sus nativos. Algunos llegaban a comparar la aventura de sir Everett y sus compañeros con la de los protagonistas de Las minas del rey Salomón. Pero si habían encontrado piedras preciosas, no lo habían divulgado. Lo cierto era, sin embargo, que todos habían regresado más que satisfechos de la expedición.

Al cabo de unos momentos, sir Everett reclamó la atención de sus

invitados.

—Amigos —dijo— sé los rumores que corren acerca de nuestro viaje a Keshaua. Muy pocos de ellos son ciertos y no es verdad, como se dice por ahí, que volviésemos cargados con sacos repletos de piedras preciosas. Nuestro interés era puramente científico y en verdad que conseguimos gran parte de nuestro objetivo. Rodamos miles de metros de película, en un paraje donde, aunque parezca increíble y en esta época, el hombre blanco no había llegado todavía, y tomamos también innumerables fotografías, amén de entablar relaciones con los nativos. Antes de la cena, como recordarán, hice proyectar un rollo de película, con el resumen de los puntos más atractivos de la expedición...

Era cierto, se dijo Morgan, y pocas veces había visto paisajes tan maravillosos. Ciertamente, el viaje a Keshaua no había resultado fácil, ya que el acceso debía hacerse a través de una enorme barrera montañosa, por un camino que bordeaba enormes precipicios, pero, una vez franqueado el obstáculo, las cosas se habían desarrollado ya con la mayor facilidad del mundo. Sin embargo, y hasta el momento, sir Everett no había sido demasiado explícito en sus relatos.

Morgan presentía que el explorador ocultaba algo. Y ni siquiera estaba seguro de que no hubiese conseguido una fortuna en su viaje a Keshaua. Por su director, Randy Morgan estaba enterado de las dificultades económicas de sir Everett. Antes de la expedición, se hallaba al borde de la bancarrota. A las pocas semanas de su regreso, las deudas estaban saldadas y las finanzas del explorador volvían a su antiguo esplendor.

¿Qué había encontrado sir Everett en Keshaua?

Morgan supo la respuesta apenas formulada su pregunta mental.

—Amigos, esto es lo que encontré en Keshaua —exclamó el anfitrión, a la vez que tiraba del cordón que hacía descorrerse las cortinas.

* * *

Un grito unánime de admiración brotó de los labios de todos los presentes. Morgan parpadeó al contemplar la estatua de color oscuro, aunque no negro del todo, que se hallaba situada sobre un pedestal de medio metro de altura y unos sesenta centímetros de lado. Era la estatua de una mujer, completamente desnuda, de incomparable belleza y con las formas propias de una diosa pagana.

La mujer tenía los brazos extendidos, aunque no estirados por completo, sino ligeramente flexionados. Las palmas de las manos estaban situadas hacia arriba, formando sendas concavidades, como si se dispusieran a sostener algo en sus huecos. La obra era un prodigio de armonía y Morgan se preguntó de dónde habría salido el escultor capaz de realizar aquella estatua que casi parecía estar dotada de vida.

Al cabo de unos momentos, sir Everett, satisfecho, prosiguió:

—Amigos míos, no vayan a creer que esta joya que contemplan es el original. Se trata de una copia, hábilmente realizada y, por supuesto, no en el mismo material, piedra volcánica, de que está hecho el original. Este continúa en su sitio, allá en el remoto país de Keshaua; por nada del mundo habría sido yo capaz de arrebatar esta obra de arte a sus legítimos poseedores. Aparte de que, hablando técnicamente, habría resultado imposible, no sólo pensando en el sitio en que se encuentra, sino en su peso, la verdad es que tuvimos grandísimas dificultades para ver la estatua de Ashaea en la Cámara de las Plegarias.

»Para su conocimiento, les diré que el nombre de Ashaea podría traducirse como diosa de la Bondad y la Fertilidad, considerando este último calificativo en todos los sentidos: fertilidad de las mujeres, de la tierra, dando buenas cosechas, y de los ganados, proporcionando sin tasa nuevas reses a sus dueños. En cuanto a la Cámara de las Plegarias,-es una construcción subterránea, excavada en la roca viva, hace cientos o quizá miles de años. El tiempo que ha pasado no se puede medir, tanto, que se ignora por completo el nombre del artista que elaboró esta joya. En cierto modo, esto no tiene importancia para nosotros: lo realmente importante es que nos permitieron, como honor excepcional, penetrar en la Cámara de las Plegarias y yo aproveché la ocasión para tirar unas cuantas placas con mi cámara fotográfica. La estatua me impresionó tanto, que apenas llegado a Londres, busqué a un escultor y le encargué me realizase una reproducción de Ashaea, que es la que tienen ustedes delante en estos momentos.

Sonaron algunos murmullos de admiración. Realmente, se dijo Morgan, era una obra de arte. Pocas veces había contemplado nada semejante. A veces parecía estar viva.

Sir Everett sonreía complacido del efecto que había causado en sus invitados.

—¿Alguna pregunta más? —dijo.

—Sí —exclamó uno de los presentes—. Esa estatua... sus facciones, quiero decir, carecen casi por completo, yo diría que son inexistentes, de tal modo, que no se aprecian en ella los típicos rasgos negroides propios de las razas de color oscuro que pueblan África. ¿Puede explicarnos a qué se debe esa curiosa característica?

—En realidad, no tengo ninguna explicación —respondió sir Everett—. Como habrán visto en la película que les he proyectado antes de la cena, los nativos de Keshaua tienen la piel relativamente clara y en sus rostros hay muy poco que los relacione con las razas que usted acaba de mencionar. Aunque no se tienen noticias al respecto, ya que no pudimos permanecer en Keshaua el tiempo suficiente para una detenida investigación antropológica, yo opino que aquella gente desciende de un grupo que se refugió al otro lado de las montañas, hace cientos de años, huyendo posiblemente de un enemigo contra el que no tenían ninguna posibilidad. Quizá se trataba de una raza selecta... en la que sus individuos habían eludido deliberadamente los mestizajes con

grupos étnicos inferiores... Entre ellos, sin embargo, no pudimos detectar indicios de superioridad de unos individuos respecto a otros, salvo los lógicos en casos similares: los miembros del consejo electivo que gobierna la tribu, los ancianos, debida y afectuosamente respetados, los niños, las mujeres embarazadas... Esas son las únicas personas que se consideran superiores a las demás y no por razón de un hipotético rango social heredado.

«Quizá esa misma falta de sentido de superioridad de los unos sobre los otros ha motivado que la raza no haya degenerado, por mezclas entre seres del mismo rango, sino que los matrimonios no han tenido en cuenta nunca el interés, sino el amor, con lo que los descendientes, en lugar de perder características, las han ganado. Ninguna de las mujeres adultas mide menos de un metro setenta, abundan las que tienen diez centímetros más, y entre los hombres, las tallas de ciento noventa a doscientos centímetros son las corrientes, además de una exquisita proporción corporal, tanto en hombres como en mujeres.

—En resumen, una raza superior, que un día podría encontrar pequeño el valle de Keshaua y se expandiría para dominar el mundo —dijo riendo uno de los invitados.

—Ellos se conforman con no ser invadidos —dijo sir Everett en el mismo tono humorístico—. En serio, aunque insinué a algún miembro de la tribu la conveniencia de acompañarnos en el viaje de vuelta, ninguno de ellos aceptó tomar siquiera en consideración la idea.

—El nativo a quien se lo propuso, ¿era hombre o mujer?

Sonaron algunas risitas. Sir Everett, sonriendo, contestó:

—Prefiero considerar sus palabras como una pregunta capciosa, amigo mío, y en castigo, le dejaré en la horrible duda de especular sobre el sexo de la persona a quien hice tal proposición. Pero endulzaré su decepción con una copa de buen brandy y así sus sufrimientos serán menores.

Todos rieron de buena gana al escuchar la respuesta, incluido Randy Morgan. Y poco más tarde, los invitados empezaban a desalojar Hasseldane Manor.

Y sir Everett quedó solo en su residencia, aparte de la servidumbre.

* * *

En la mansión reinaba un silencio absoluto.

Los sirvientes se habían retirado ya a descansar. Sir Everett se acercó a la botella de coñac y se sirvió una generosa dosis. Con la copa en la mano, contempló la estatua. Había sólo una lámpara encendida en el rincón opuesto y las llamas ponían reflejos rojizos en el color oscuro de la estatua.

Sir Everett tomó un sorbo de licor. Luego dejó la copa en la mesa más cercana y caminó lentamente hacia la estatua.

—¡Vive! —exclamó—. ¿Por qué no vives, Ashaea?

Los vapores alcohólicos nublaban en parte la mente de sir Everett, aunque

no hasta el punto de haberle sumido en una inconsciencia total. En otras circunstancias, su estado de ánimo habría sido más bien optimista.

Pero ahora parecía sentirse furioso por la inmovilidad de la estatua.

—¡Vive, vive! ¿Por qué estás ahí quieta? ¡Ven a la vida, ven a la vida! —clamó.

Repentinamente, la estatua pareció cobrar vida.

Apareció luz en sus pupilas y sus brazos se movieron ligeramente.

Al mismo tiempo, el hermoso pecho de la estatua se dilató para inspirar aire. Luego, sus labios se colorearon y se distendieron en una suave sonrisa. Los pies se movieron sucesivamente para posarse en el suelo.

—Viva, estás viva... —dijo sir Everett, con las pupilas dilatadas por el asombro.

La estatua era ahora una hermosa mujer de piel oscura que avanzaba sonriendo hacia el dueño de la mansión. Al llegar a su lado, elevó los brazos y rodeó su cuello, a la vez que le ofrecía los labios.

Sir Everett, sin comprender nada de lo que sucedía, pero loco de júbilo, abrazó fuertemente a la estatua que, gracias al conjuro de sus palabras, había cobrado vida. Buscó sus labios con voracidad y ella se dejó besar.

Pero casi en el mismo instante, sir Everett se sintió invadido por un terrible ardor. Durante unos segundos, se creyó sumergido en un mar de fuego.

De súbito, la estatua desapareció de su vista.

El calor aumentó en su cuerpo. Ahora resultaba insoportable.

Sir Everett lanzó un grito de dolor. Con ojos extraviados, buscó a la estatua.

Pero Ashaea ya no estaba allí.

El calor era horrible. Sir Everett pensó que se debía a los excesos de la cena. Le parecía que iba a morir.

Había un recipiente con cubitos de hielo. Al lado, una jarra de agua.

Sir Everett alargó la mano hacia la jarra. De repente, lanzó un grito horripilante.

Su mano estaba envuelta en fuego.

Ardía. Llamas azules se movían en la mano. Y ahora corrían a lo largo del brazo... y también ardía la otra mano y el otro brazo... y los pies y las piernas...

Durante unos segundos, percibió el repugnante hedor de su propia carne quemada. Los pocos cabellos que aún quedaban en su cabeza se consumieron con una breve pero fulgurante llamarada azulada.

Luego, el dolor alcanzó su punto máximo y sir Everett perdió el conocimiento y cayó al suelo, en donde quedó, envuelto por un pequeño mar de llamas azules, que consumían lenta e inexorablemente su cuerpo.

Uno de los sirvientes creyó oír un grito y se removió inquieto en su cama. A los pocos momentos, oyó el ruido de la puerta que se abría.

El criado se levantó y miró a través de la ventana de su cuarto, situado en el ático. Una mujer corría a lo largo del parque que rodeaba la mansión. Llegó

junto a uno de los coches, entró, se sentó tras el volante, dio el contacto y arrancó.

La oscuridad era muy grande y el criado no pudo ver apenas detalles de la mujer. Pero no se preocupó por el suceso; no era la primera vez que sir Everett hacía una conquista y se traía una mujer a Hasseldane Manor. Bostezó, dio media vuelta y se durmió nueva-mente, mientras abajo, en el salón, el fuego azul devoraba lentamente el ya inerte cuerpo de sir Everett Fyfe.

CAPITULO II

El director del periódico despidió a Randy Morgan.

—Es usted un inútil, un incapaz... —apostrofó indignadamente al joven periodista—. Pudo haber conseguido el mejor reportaje de los últimos tiempos y, en lugar de ello, se limitó a comer y a beber hasta saciarse...

—Usted me envió en su representación, ¿no es eso? —dijo Morgan.

—Sí, pero pensé que tendría la suficiente iniciativa para conseguir de sir Everett una entrevista a solas. Entonces, le habría visto arder...

—Y quizá yo también me hubiese abrasado.

—Al menos, habría visto a los ladrones de la estatua, que sin duda, estaban escondidos en algún lugar de la casa. Pero sea como sea, con sólo unos minutos que se hubiese retrasado, quedándose a solas con sir Everett, habría conseguido...

—No hubiera conseguido nada, señor —contestó Morgan, tratando de dominar la ira que sentía—. Lo que sucedió, inexplicable para todos, habría ocurrido después de mi marcha y yo no hubiese visto nada.

—¿Y cómo sabe usted que no hubiera conseguido ver nada?

—¿Y cómo sabe usted que sí lo hubiese conseguido? —respondió Morgan, que no tenía pelos en la lengua.

—Basta, hemos terminado. Pase por caja y que le liquiden —decretó el director autoritariamente.

—Es usted injusto, señor...

—En esta profesión, el que no tiene iniciativa es un estorbo, un pedazo de madera. Y a mí, los pedazos de madera me gustan sólo para verlos arder en la chimenea.

La paciencia de Morgan se agotó. Consideraba totalmente injusta y absolutamente arbitraria la decisión de su jefe. Si los criados de sir Everett, que residían en la misma casa, no habían visto nada, ¿cómo se le podía pedir a él algo que resultaba imposible?

Sobre la enorme mesa de despacho había una lujosa escribanía, un tanto anticuada, en la que había un tintero repleto de tinta, Morgan lo vio y sonrió.

A la derecha del director había otra mesita, con servicio de licores y una jarra de agua, cubierta su boca por un fino paño con bordes de encajes. Morgan cogió el tintero, destapó la jarra y mezcló la tinta con el agua. El líquido transparente se tornó de inmediato en una masa oscura.

—Eh, ¿qué hace usted? —gritó el director, vivamente alarmado.

—La tinta, mezclada con agua, tiene un gusto exquisito —dijo Morgan, impasible—. ¿No se le ha ocurrido probar nunca esa combinación? ¡Ahora podrá hacerlo! ¡Pruébela! —gritó, a la vez que volcaba un litro de agua y tinta sobre la cabeza del director.

Sonó un aullido espantoso. La cara y las ropas del que ya era ex jefe de Morgan quedaron oscurecidas en el acto. Antes de que el director pudiera

recuperarse de la sorpresa y mientras jadeaba y tosía espasmódicamente, Morgan apoyó la uña del dedo medio en la yema del pulgar. Luego, disparó el primer dedo citado contra la nariz de su tiránico director.

El aullido se repitió. La secretaria, al oír el estruendo, se asomó, y al contemplar la escena, rompió a reír inconteniblemente. Cuando se le pasó el violento acceso de hilaridad, Morgan estaba ya fuera del despacho.

* * *

—A ti te ocurre algo, Randy —dijo Reginald Sands, uno de los mejores amigos del periodista recién despedido.

—Sí, me duele el trasero —respondió el interpelado—. Metafóricamente, por supuesto.

—Te han dado la patada, ¿eh? —sonrió Sands.

Morgan bebió un trago de su copa y la dejó vacía. Sands agitó su mano.

—Pediré otra ronda —dijo—. Quizá piensas que te conviene olvidar.

—Hay cosas que no se olvidan fácilmente, Reg. El director sostenía que yo debía haberme quedado un rato más en casa de sir Everett Fyfe y que así habría podido ver su muerte...

—Ah, se trata de ese misterioso asunto.

—Sí.

La camarera llegó con la bandeja en las manos, para servir la nueva ronda encomendada por Sands. Al inclinarse, sus pesados senos se balancearon ostensiblemente. Toda la vestimenta de la camarera era un trocito de tela triangular, sostenido por un cordón que rodeaba sus caderas. Desvergonzadamente, Sands elevó una mano y presionó suavemente uno de los redondos pechos varias veces.

—¡Mee, mee...! —dijo, imitando la bocina de un camión.

La camarera sonrió y le guiñó un ojo. Luego se alejó, contoneando aparatosamente las caderas.

—¿La conoces? —preguntó Morgan.

—Sí, nos acostamos de cuando en cuando —contestó Sands con acento voluble—. Pero hoy no me siento en forma... Oye, estábamos hablando de sir Everett. He leído los periódicos y me siento asombradísimo.

—Lo mismo me pasa a mí. La estatua de Ashaea ha desaparecido y él ha muerto.

—De una forma horrible, según parece. Consumido por un fuego cuyo origen se desconoce. Los forenses que realizaron la autopsia declararon que jamás habían visto nada igual.

—Es cierto —convino Morgan—. Dijeron que parecía como si el fuego se hubiese declarado en el interior del cuerpo de sir Everett, propagándose de dentro afuera, cuando lo que sucede siempre, en el caso de personas que mueren abrasadas, es precisamente todo lo contrario.

Sands dejó escapar una sardónica carcajada.

—Debió de ser el resultado de los malos licores que bebía —dijo.

Morgan hizo una mueca.

—Sir Everett bebía como un cosaco, es cierto, pero eso no justifica, ni mucho menos explica el fuego que lo consumió tan misteriosamente. ¿Y qué me dices de la estatua desaparecida? En Hasseldane Manor sólo queda el pedestal...

—Tú la viste, ¿no? ¿Qué te pareció?

—Una obra de arte, no lo dudes, Reg. Daba la sensación, a veces, de que era una mujer viva.

—¿La tocaste?

—No, ni siquiera se me ocurrió. Además, yo era el invitado de menor categoría. Como consecuencia, me encontraba en el último lugar de la fila de espectadores. —Morgan se frotó la mandíbula—. Sin embargo, hay algo que me extraña sobremanera.

—¿De qué se trata? —Sands bebió otro trago.

—Antes de la cena, sir Everett nos proyectó una película resumen, con las escenas más importantes de su viaje a Keshaua. En esa película, que yo recuerde, no aparecía en ningún momento la Cámara de las Plegarias ni, por tanto, la estatua de la diosa de la Bondad y la Fertilidad.

—Quizá suprimió las tomas del filme, para conseguir una mayor sensación de sus invitados, cuando les llevase a contemplar la estatua —apuntó el amigo de Randy.

—Quizá, pudiera ser... Pero una escena en la Cámara de las Plegarias habría dado una mayor autenticidad a la historia, ¿no crees?

—Acaso le resultó imposible penetrar en la cámara con un tomavistas —apuntó Sands—. La expedición estaba bien equipada y es muy posible que una microcámara fotográfica fuese lo único que pudo llevar consigo, sin que los nativos lo advirtiesen. ¿Dijo algo sobre una prohibición de transportar encima algunos objetos?

—No, no mencionó nada al respecto —dijo Morgan—.

Pero quizá todo esto que comentamos no son más que especulaciones...

—Hay una posible solución, Randy. Sir Everett hizo el viaje acompañado de cuatro individuos. Búscalos, habla con ellos y pídeles más detalles. Podría resultar interesante.

Morgan se encogió de hombros.

—¿Qué me importa ya a mí ese asunto? —contestó desdeñosamente—. El tirano me despidió, sin atender a razones y no voy a trabajar ahora en el caso sólo por amor al arte.

—Por amor al arte... contenido en una bella estatua —dijo Sands, malicioso—. Pero podrías conseguir un reportaje independiente y luego venderlo a alguna revista importante. Tu ex director saltaría de rabia si tuvieras éxito allá donde considera que fracasaste.

Morgan consideró la proposición de su amigo, un buen dibujante, que se ganaba la vida holgadamente con sus historietas gráficas. Sands era realmente

un buen artista, con una memoria fotográfica, que le permitía reproducir las más intrincadas escenas de una forma absolutamente fiel y que, de haber puesto un poco más de empeño y amor propio habría podido llegar a lugares más elevados. Pero su inveterada pereza le impedía hacer el menor sacrificio. «Me gusta la buena vida y como con lo que gano con mis dibujos, puedo dármela, ¿para qué sacrificarme pasando horas y horas ante un caballete de pintor? Es cierto que así ganaría más dinero, pero si no me queda tiempo para disfrutarlo, ¿de qué me servirían los billetes de Banco?», solía argüir con no poca lógica.

Sands elevó un dedo.

—Y donde no lleguen tus escritos, mis imágenes harán ver a los lectores lo que las palabras son incapaces de expresar —añadió solemnemente.

—¿Quieres decir que te asociarías conmigo...?

—Tú ocúpate de la parte escrita y yo haré el resto. El asunto es muy interesante y no hay fotografías, de modo que mis ilustraciones podrían suplir muy bien la falta de información gráfica. Sobre todo, si tú me guías en los borradores de los dibujos, como los dibujantes de la Policía hacen cuando es necesario trazar una foto-robot de un delincuente no fichado.

—Están las fotografías y filmes de la expedición... —dijo Morgan, frotándose pensativamente la mandíbula.

—Pero no hay fotografías de lo que ha ocurrido más tarde ni de lo que pueda suceder de ahora en adelante —alegó Sands. Insistió—: El asunto es interesante y puede dar mucho juego. ¿Por qué no vienes mañana a mi estudio y me haces una descripción de la estatua de Ashaea? Tengo fotografías del lugar de la muerte de sir Everett y con tu ayuda podría hacer unas ilustraciones sensacionales.

—De acuerdo —aceptó el joven—. Mañana, a las nueve en punto...

Morgan se interrumpió súbitamente. Sands, extrañado se dio cuenta de que su amigo tenía la vista tija en un punto determinado.

Una hermosa mujer pasó a corta distancia de la mesa. Era muy alta, singularmente esbelta, de cabellos muy cortos y rizados y tez oscura, aunque no negra por completo. La piel parecía de café, aliviado con unas gotas de leche.

Pero el rostro poseía una rara perfección de facciones. Y los ojos parecían dos esmeraldas vivas y resplandecientes de luz.

—Ella —murmuró Morgan—. Es ella...

—¿Cómo? ¿La conoces? —se asombró Sands,

Morgan no contestó. La bella desconocida estaba a punto de llegar a la salida del local donde bebía en compañía de su amigo y, movido por un impulso irresistible, se puso en pie.

—¡Ashaea! —llamó, cuando ella alargaba la mano hacia el pomo de la puerta.

La mujer se volvió. Morgan dio un paso, pero ella abrió la puerta y salió a la calle.

—Ella, ella... —insistió el joven, a la vez que se precipitaba hacia la salida.

Morgan corrió como si hubiera enloquecido de repente. Sands le observó con preocupación.

De repente, Morgan tropezó con alguien que entraba en el pub en aquel mismo instante.

Sonó un grito femenino.

Una chica cayó de espaldas al suelo, literalmente atropellada por Morgan quien, al encontronazo, también cayó. La chica quedó tendida de espaldas y Morgan encima.

Durante unos segundos, los dos permanecieron en la misma posición, muy indiscreta, pero también hilarante para los espectadores de la escena. Luego, ella, con ojos que despedían llamas, dijo:

—Caballero, cuando quiero tener a un hombre sobre mí, lo hago en mi casa, privadamente, sin público.

Morgan reaccionó y se puso en pie de un salto.

—Dispénseme, no la vi...

Olvidado por completo de la muchacha, saltó a la calle y miró a derecha e izquierda. Una exclamación de rabia brotó de sus labios en el acto.

Ashaea —o quienquiera que fuese la mujer que tanto se parecía a la estatua que había visto en casa de sir Everett—, había desaparecido en la húmeda y neblinosa tarde londinense.

Frustrado, Morgan volvió a la mesa donde le aguardaba su amigo.

—Siéntate —dijo Sands, un tanto malhumorado—. Has dado todo un espectáculo, Randy.

—Lo siento, Reg, pero no pude contenerme. Ella... es...

—¿La conocías?

—Pero, ¿es que no lo comprendes? ¡Esa joven africana es la viva estampa de la diosa Ashaea!

Sands arrugó el entrecejo.

—Quizá fue la modelo...

—¿Modelo de una estatua con cientos de años de antigüedad? —Morgan se inclinó hacia adelante—. Reg, te diré una cosa. Cuando yo contemplaba la estatua, en la residencia de sir Everett, me pareció que estaba viva. Ahora pienso que tal vez quiso gastarnos una broma... en combinación con esa joven...

—Su asesina, ¿eh? —Rió Sands—. Y lo quemó, mediante alguna brujería, acaso por venganza...

—Venganza, ¿de qué?

Sands se encogió de hombros.

—No lo sé, pero ahora deja esa cuestión a un lado y discúlpate con tu víctima.

Morgan volvió la cabeza. Con el rostro aún expresando la indignación que sentía, la chica atropellada se acercaba a la mesa en que estaban los dos hombres.

—Cora Pallisse, Randy Morgan —presentó Sands.

CAPITULO III

Cora había dejado en alguna parte el impermeable amarillo que vestía a su llegada. Ahora se veía claramente su atuendo: jersey fino de cuello alto, de color rojo oscuro, y falda corta negra, con botas amarillas, una indumentaria terriblemente estrepitosa, pero que en la joven parecía algo completamente natural. El jersey señalaba claramente los senos jóvenes y firmes, erguidos y sin nada que los sostuviera, como no fuese su misma conformación anatómica. Cuando el dibujante hizo las presentaciones, ella miró fríamente a Morgan.

—¿Es su costumbre salir de un pub como si fuese a batir el récord mundial de los cien metros lisos? ¿O le perseguían sus acreedores? —preguntó insolentemente.

—No —respondió Morgan—. Iba en busca de un colchón, para que usted no sufra tanto cuando me tenga encima.

Ella alzó su mano, pero, de repente, se echó a reír.

—Me está bien empleado —dijo—. ¿A quién perseguía, Randy?

—A la estatua que mató a sir Everett Fyfe —dijo Sands.

—¡Cómo! Perú sir Everett murió abrasado...

—Su amigo opina que puede tratarse de un caso de brujería —manifestó Morgan—. Una cosa es segura, señorita Pallisse: cuando yo tropecé con usted, iba en pos de una joven que era un duplicado exacto de la estatua que yo, con diez invitados más, pude contemplar en la residencia de sir Everett. Usted habrá leído los periódicos, sin duda.

Muy impresionada, Cora asintió.

—Fascinante —dijo a media voz—. Sí, he leído declaraciones de algunos de los invitados a la fiesta que dio sir Everett. Todos coinciden en mencionar la estatua, que era de una belleza inigualable.

—Pero ha desaparecido y el amigo Randy sostiene que era una mujer viva —sonrió Sands.

—¡Qué curioso! —Exclamó la chica—. Sí, es cierto, vi salir a una joven de color, muy alta, singularmente hermosa..., pero no me preocupé más de ella. La tarde no es demasiado atractiva para estar mucho tiempo en la calle.

Morgan adelantó el torso, vivamente excitado.

—¿La ha visto? —preguntó—. ¿Vio cómo se marchó?

—Tomó un taxi, creo recordar. Se había parado delante de mi coche, para desembarcar a una pareja y ella aprovechó que el taxi quedaba libre...

—Lástima —dijo el joven—. Me habría gustado muchísimo hablar con ella. —Se volvió hacia su amigo—. ¿Qué podríamos hacer, Reg?

Sands se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea, salvo el plan que ya te he expuesto —respondió.

—¿Cuál es ese plan? —inquirió Cora.

Sands se lo explicó a grandes rasgos. Cora se entusiasmó.

—Podría dar resultado —dijo—. Si empezásemos a investigar...

—En tal caso, ¿qué es lo primero que deberíamos hacer? —Morgan chasqueó los dedos—. Ya está —agregó de pronto—. Empezaremos por interrogar a los cuatro compañeros de expedición de sir Everett. Ellos, quizá, puedan facilitarnos algún detalle...

—Pero no sabemos quiénes son —alegó Cora—. Claro que podemos encontrar sus nombres, repasando los diarios de la época en que sir Everett y sus compañeros regresaron a Londres.

—Yo recuerdo el nombre de uno de ellos —dijo Morgan—. Sir Everett lo mencionó durante la cena, pero sólo se me ha quedado uno de los nombres en la memoria. Se llama Harold Compton y... bien, creo que sabré encontrar su dirección.

—Pero no hagas nada antes de pasarte mañana por mi estudio —le recordó Sands—. Yo también he visto a esa joven de color y con las indicaciones que tú me facilites, podré «reconstruir» la estatua.

—Estaré en tu casa a las nueve en punto de la mañana.

—Allí nos reuniremos —prometió Cora—. Yo también tengo interés en esta investigación.

Morgan miró fijamente a la chica.

—¿Cuál es su interés? —preguntó.

—Ella es ayudante de la directora artística de mi editorial —explicó Sands —. Y aspirante a conseguir un día ese puesto.

—No me cabe la menor duda de que lo conseguirá —sonrió Morgan.

* * *

Harold Compton recibió una inesperada visita en la tarde del día siguiente. Tratábase de una pareja, hombre y mujer, él de unos veintiocho años y ella unos cinco menos, que se le presentaron, bajo los nombres de Randy Morgan y Cora Pallisse. Compton era un su-jeto de unos cuarenta años, bajo, fornido, de cejas muy espesas y ojos hundidos, con una anchura de hombros casi idéntica a su estatura. Según pudo apreciar Morgan, el hombre vivía solo en un apartamento de lujo, en el que abundaban los trofeos de caza.

Cuando Compton supo las intenciones de sus visitantes, se mostró escéptico y poco amigo de cooperar con ellos.

—Ya dijeron los periódicos cuanto era preciso, acerca de la expedición — manifestó.

—De la cual, si mal no recuerdo, era usted el cazador profesional —dijo Morgan.

—En cierto modo, así podría definirse mi papel en aquel asunto —admitió Compton—. Pero si yo iba armado, se debía, principalmente, a que estaba encargado de la protección del grupo. No soy de los que cazan fieras por el simple placer de tener trofeos en su casa. Hay algunos trofeos, es cierto, pero

casi todos ellos son de animales que se mostraban hostiles y contra los que no tuve otro remedio que disparar en defensa propia. En aquella expedición, los disparos que hice fueron única y exclusivamente para proporcionarnos carne fresca.

—Comprendo. Sin embargo, hay un detalle que no hemos podido conocer hasta ahora. Los periódicos que publicaron reportajes de la expedición a Keshaua no mencionaron nada al respecto. ¿Cómo supieron ustedes de la existencia de ese país, desconocido hasta el presente?

—El único que podría contestar a esta pregunta es Sir Everett y está muerto. A mí me contrataron y las condiciones me parecieron aceptables, eso es todo.

Morgan estudió los trofeos que se veían colgados de las paredes del salón en que se hallaban. Antes de que pudiera expresar su opinión, lo hizo Cora:

—Señor Compton, los trofeos que veo son de animales europeos o, todo lo más, americanos: ciervos, corzos, una cabra hispánica, también un alce..., pero no hay ningún animal originario de África. ¿Por qué le contrataron a usted y no a un experto en safaris?

—Llevábamos un guía nativo y sir Everett juzgó que era suficiente. Por supuesto, aunque yo no tenga experiencia en la caza de animales africanos, poseo una envidiable puntería. Y buenos nervios, modestia aparte. La cabeza de alce que ven ahí procede de un disparo que hube de hacer para salvar mi vida. Ustedes no tienen idea de la fiereza de un alce en la época de celo: si no hubiera sido por mi buena puntería, ahora no estaría contándolo.

—Admitimos la explicación —dijo Morgan—. Y ahora, por favor, díganos: ¿estuvo usted en la Cámara de las Plegarias?

—Desde luego.

—¿Vio la estatua de Ashaea?

—Claro.

—¿Era tan hermosa como dicen?

Compton sonrió evocadoramente.

—No hay palabras para describirla —respondió.

—¿No sintió usted la tentación de llevársela? —preguntó Morgan.

—Por supuesto, pero ¿quién podía cargar con un objeto que pesaba varios cientos de kilos? En el supuesto de que los indígenas nos lo hubieran permitido... y créanme, ya nos costó bastante entrar en la Cámara de las Plegarias. Tuvimos que someternos a unas increíbles ceremonias de purificación, incluyendo un ayuno de cuarenta y ocho horas, durante cuyo tiempo no comimos un solo grano de trigo ni probamos una gota de agua. Pero nos dimos cuenta de que al purificarnos, los nativos nos considerarían miembros honorarios de la tribu y aceptamos ese pequeño reto. Todos, menos uno, que calificó la ceremonia de ridícula y llena de supersticiones, a las que no pensaba hacer el menor caso.

—¿Podemos conocer su nombre? —inquirió Cora.

—Sí, desde luego. Zeb Chambers...

Cora sacó una libreta y un lápiz.

—Por favor, déme su dirección —solicitó.

Compton accedió sin remilgos. Morgan .alzó ligeramente su mano.

—Tengo que hacerle todavía una pregunta —manifestó.

—¿Sí?

—Yo estuve contemplando la estatua de Ashaea. Sir Everett dijo que había sido reproducida merced a las fotografías que había tomado en la Cámara de las Plegarias. La hizo un escultor amigo suyo y... ¿Conoce usted a ese artista?

—Les daré su nombre y dirección —respondió Compton.

Minutos más tarde, Morgan y Cora estaban de nuevo en la calle.

—¿Qué opina usted? —preguntó él.

—Puede resultar una historia apasionante —dijo la chica—. ¿Ha leído los relatos del suceso?

—Sí, claro...

—Sir Everett murió abrasado, pero salvo en su cuerpo, sus ropas y en el trozo de suelo sobre el que yacía su cadáver, no había más señales de fuego. Estaba completamente carbonizado y, sin embargo, no había señales en ninguno de los muebles de la estancia. Apareció como si hubiese perecido en el incendio de un almacén de maderas para la construcción... y sólo en el parquet del suelo hubo un poco de quemadura, justo con los contornos de la silueta.

—Es cierto, y confieso que me pareció sumamente extraño. Parece como si hubiese sido devorado por un fuego nacido en su interior...

—Lo cual, creo, podría explicar la historia de la brujería —dijo Cora pensativamente—. Randy, ¿se le ha ocurrido pensar que hay lugares en este mundo, donde los nativos dominan fuerzas sobrenaturales? Ciertas regiones de África, Haití, con su vudú y los zombies, muertos vivientes, incluso algunos indios amazónicos... ¿Qué mató a sir Everett? ¿Fue, acaso, una venganza de Ashaea?

Morgan conducía el coche en que se habían dirigido a la residencia de Compton y permaneció callado unos segundos. Al fin, dijo:

—Si fue una venganza de Ashaea, ¿por qué? Sir Everett y sus compañeros habían pasado la ceremonia de la purificación. Eran, digamos, unos miembros honorarios de la tribu...

—Pudieron cometer algún pecado, es decir, quebrantar alguna ley peculiar de los habitantes de Ashaea.

—En tal caso, no habrían salido vivos del país.

—Pero llegaron a Inglaterra y ahora sir Everett está muerto de una manera tan horrible como incomprensible.

—Cora, voy a darle un consejo.

—Sí, Randy.

—Sigamos investigando. ¿Qué le parece si ahora nos dirigimos, en primer lugar, al estudio de Dino Cavito, el escultor amigo de sir Everett?

—Una idea que se aprueba en el acto —contestó la chica alegremente.

* * *

Dino Cavito era un sujeto de unos cincuenta años, con la parte superior de la cabeza completamente limpia de pelo. El de los costados y la coronilla era, por contra, muy largo, y formaba una afectada melena de color rojizo. «Se tiñe descaradamente», pensó Morgan.

El estudio era muy amplio y había algunas peanas con enormes trozos dé arcilla, en la cual Cavito modelaba sus bocetos. Sobre un pequeño pedestal, había un muchacho de unos dieciocho años, completamente desnudo, en cuya mano derecha había una antorcha apagada.

—Es mi modelo —dijo Dino—. Terry, vístete —ordenó con voz meliflua.

—Sí, maestro —contestó el muchacho.

El modelo se cubrió con una sábana y abandonó el estudio con paso lánguido. Morgan y Cora cambiaron una mirada de inteligencia. «Algo más que un modelo», pensó él. «Su efebo», pensó ella.

Cavito estuvo impuesto bien pronto de las pretensiones de sus visitantes.

—Ah, sí, la estatua que hice para sir Everett —dijo—. Me pagó bien, pero tuve que hacer algo que no va con mi carácter. Era una estatua demasiado clásica... —lanzó una risita—. Claro que a veces el arte se empaña con el dinero, pero cuando es mucho dinero... el arte brilla más —agregó cínicamente.

—Sir Everett le dio a usted unas fotografías, para que pudiera reproducir la estatua —dijo Morgan.

—Cierto. Aquí las tengo. Pueden llevárselas si gustan. De esa obra, sólo me queda lo más interesante: el agradable aumento de nivel en mi cuenta corriente.

Momentos después, Morgan y Cora tenían en las manos cuatro fotografías de un tamaño aproximado de 20 x 28 cms. Se despidieron del escultor y salieron nuevamente a la calle.

Mientras el coche rodaba, Cora estudió las fotografías detenidamente. Al cabo de unos momentos, Morgan dijo:

—La invito a una copa en mi casa.

—Acepto —contestó ella.

Cuando el coche se hubo detenido, Cora puso sobre el volante una de las fotografías.

—Mire eso, Randy —dijo.

Morgan examinó la imagen detenidamente.

—Es la misma estatua que vi en casa de sir Everett —contestó—. Debemos reconocer que Cavito hizo un buen trabajo. La reproducción era exacta... como si estuviésemos delante de un espejo que reflejase la imagen de la auténtica Ashaea.

—No me refiero a eso, Randy —dijo Cora—. Esta fotografía ha sido retocada, muy hábilmente, desde luego, pero los retoques se hicieron para

evitar que ojos ajenos pudieran contemplar lo que Ashaea sostenía en sus manos. Tengo cierta experiencia en el asunto y sé lo que me digo, Randy.



CAPITULO IV

Entraron en la casa. Morgan llevaba en la mano el correo que había recogido al pasar por el vestíbulo y lo dejó sobre una mesa. De momento, su atención estaba concentrada en las fotografías que Cavito les había entregado.

Cora fue al baño y luego entró en la cocina, ya que prefería tomar una taza de té; no era demasiado aficionada al alcohol. Mientras, Morgan recordaba los momentos que había pasado en Hasseldane Manor, contemplando la estatua de Ashaea.

Sí, los huecos de las manos y los brazos extendidos parecían indicar algo más..., algo más que una postura de oración, aunque fuese con el cuerpo erecto. Cora tenía razón: las fotografías habían sido retocadas antes de pasar a poder del escultor. ¿Lo había hecho el propio sir Everett?

Distraído, dejó pasar el tiempo. La voz de Cora llegó desde la cocina:

—¡El té está listo!

Morgan fue a la cocina, llevando en la mano la fotografía en la que Ashaea aparecía vista de frente. Cora le ofreció una taza humeante.

—¿Y bien? ¿Qué ha deducido? —preguntó.

Morgan dejó la fotografía a un lado y empezó a remover el azúcar con la cucharilla.

—Sir Everett no quería que nadie viese lo que había en las manos de Ashaea —respondió con grave acento.

—Así es. Y eso que sostenía la estatua era quizá más largo que grande. Las señales dé retoque se advierten de mano a mano, cruzando el pecho de Ashaea. Un retoque muy hábil, ciertamente, pero que no advirtió Cavito, tal vez porque no le interesaba otra cosa que reproducir fielmente la imagen, trabajo que sir Everett pagó generosamente, por lo que podemos deducir.

—Pero sir Everett estaba poco menos que arruinado cuando fue a Keshaua. Cora, ¿no se le ha ocurrido que tal vez robaron algún tesoro y que su muerte se debe a una especie de venganza, castigo de los nativos por ese despojo de la estatua a la que consideran su deidad tutelar?

La chica asintió pensativamente.

—Hay más cosas en el cielo y la tierra de lo que nos podemos imaginar... —recitó—. ¿Una joya de valor incalculable?

—Si dispusiéramos del negativo, podríamos saber algo más, me parece.

—No será necesario —dijo Cora con cierta vehemencia—. Tengo un buen amigo en la editorial. Retoca muchas fotografías y dibujos de nuestros artistas. Estoy segura de que sabrá reproducir lo que falta en esta fotografía.

—Una idea magnífica —dijo él—. ¿De veras no quiere un traguito?

Cora le miró maliciosamente.

—¿Trata de seducirme? —preguntó.

—No tengo las inclinaciones de Cavito —respondió Morgan.

Ella dejó la taza a un lado.

—Lo celebro infinito, pero no —contestó significativamente—. No estoy... de humor. Y hay cosas que no se deben hacer porque sí.

—O porque no soy su tipo.

—Quizá. Bien, gracias por el té... y mañana o pasado le llamaré, apenas sepa algo.

Cora abandonó la cocina en busca del impermeable. Morgan la miró complacido. No se sentía frustrado; claramente se daba cuenta de que la chica no aceptaba con facilidad ciertos hechos. Era mejor así, pensó, mientras se decía que Cora tenía tanto atractivo vista de espaldas como de frente. Aquella faldita corta, tan ajustada a unas caderas netamente femeninas, pero no pomposas...

Suspiró y la acompañó hasta la puerta.

—Mañana procuraré ver a otro de los expedicionarios —dijo.

Cora sonrió.

—Yo me ocuparé de la fotografía —prometió.

* * *

El hombre y la mujer se acariciaban furiosamente, entre gruñidos y rezongos que más parecían propios de bestias que de seres humanos. Inesperadamente, sonó el timbre de la puerta.

John Cove alzó los ojos.

—¿Quién diablos será el importuno....?

Ella tiró nuevamente de sus hombros.

—Déjalo —jadeó ansiosamente—. Ámame, ámame... No hagas caso...

El timbre sonó de nuevo. Furioso, Cove saltó de la cama y agarró una bata corta.

—No te muevas —dijo—. Vuelvo en seguida.

La mujer quedó tendida en el lecho, completamente desnuda, sonriendo de un modo singular, con las manos bajo la cabeza.

—Vuelve pronto —pidió—. Mira lo que te espera.

Cove se anudó el cordón de la bata.

—Piensa en lo que te espera a ti —dijo.

Abandonó el dormitorio, cruzó la sala y abrió. En la puerta vio a un hombre joven, vestido con impermeable y con una gorra a cuadros en una mano y un paquete en la otra.

—Señor Cove —dijo el visitante.

—Sí. ¿Qué quiere usted?

—Perdón, vi este paquete en la puerta... Parece una botella; se la habrán dejado sin duda, cuando usted estaba en el baño y por eso no oyó el timbre... —manifestó Morgan, pensando que tal vez había sucedido como decía, en vista de la indumentaria del dueño de la casa.

—Es posible —contestó Cove secamente—. Gracias y lárguese.

Agarró la botella y se dispuso a cerrar. Morgan estiró una mano.

—Por favor, quiero hablar con usted —dijo—. Sólo unos minutos... Me llamo Randy Morgan. Periodista —añadió, suprimiendo el «ex» deliberadamente.

—No tengo nada que decir a la prensa...

—Sólo unos minutos, unas cuantas preguntas y me iré.

Cove inspiró profundamente.

—Está bien. —Se echó a un lado—. Pero despache, rápido.

—Gracias. Se trata de la expedición a Keshaua. Usted formó parte de ella.

—Sí. —Cove no le miraba, ocupado en desenvolver el paquete—. Fue un viaje maravilloso.

—Organizado por sir Everett.

—El me hizo una proposición y yo la acepté, eso es todo.

—¿Le pagó algo?

—Permítame una aclaración, señor Morgan. Hablaré de todo lo que quiera, menos de dinero. ¿Lo ha entendido?

—Sí, pero, ¿cómo se le ocurrió a sir Everett la idea de la expedición a Keshaua?

Cove se encogió de hombros. Ya había sacado la botella de su estuche y la contemplaba con ojos críticos.

—No lo sé —respondió—. Simplemente, me lo dijo, expuso sus condiciones, las encontré aceptables y me uní a la expedición.

Morgan suspiró. Cove era un tipo correoso. Sir Everett debía de haberle convencido con la promesa de una buena recompensa, pero Cove había declarado ya, con toda rotundidad, que no hablaría sobre asuntos económicos.

—Cuando llegaron a Keshaua, ¿entró usted en la Cámara de las Plegarias? —inquirió.

—Sí, por supuesto.

—¿Puede contarme...?

Cove había destapado la botella y llenaba un vaso alto, del que bebió una buena dosis. Luego chasqueó la lengua, satisfecho.

—Es de marca —dijo—. ¿Quiere usted?

—No, gracias. Hábleme de la diosa Ashaea.

Cove asintió. Un par de minutos, Morgan adquiría la convicción de que Cove se había atenido a una historia, elaborada de antemano y totalmente inocua, y no se saldría de ella bajo ningún concepto.

Torció el gesto, sintiéndose defraudado. Cove, pensó, era muy listo. Pero quizá podía hacerle picar...

—Tengo entendido que sir Everett estaba arruinado antes de la expedición —dijo—. A su vuelta, podía considerarse un hombre rico.

—Señor Morgan, sir Everett me contrató porque sabía que yo podía resultarle útil. A la vuelta, me pagó lo convenido, una cifra nada desdeñable, pero que no mencionaré en absoluto... y no añadiré una sola palabra más sobre el particular —fue la tajante respuesta de Cove.

—Lamento haberle molestado —se despidió Morgan.

Cove sonrió al quedarse solo. El whisky de su desconocido admirador era exquisito, mejor que cualquiera de las marcas que había conocido hasta el momento. Lleno de complacencia, se sirvió otra dosis, que despachó en el acto.

Luego vertió más licor en el vaso. Allí mismo se quedó desnudo y así, con el vaso en la mano, avanzó hacia el dormitorio.

Ella aguardaba en la misma posición, con un cigarrillo humeante en la mano.

—Un admirador me ha enviado una botella —sonrió Cove—. ¿Quieres probarlo?

—No quiero licor. Quiero hombre —dijo ella con notoria impudicia.

Cove se echó a reír. Bebió otro trago y dejó el vaso sobre una consola inmediata.

De súbito, sintió un terrible calor en el estómago.

—Diablos, esto hace efecto al cuarto de hora...

—Tienes el cuerpo azul —observó la mujer.

El calor aumentó. Cove lanzó un aullido.

La mujer se sentó en la cama, con los ojos dilatados por el pánico. Aquel color azul...

Diminutas llamitas parecieron brotar de los poros de la piel y empezaron a correr velozmente arriba y abajo por todo el cuerpo de Cove, quien volvió a chillar horriblemente al sentir aquel espantoso aumento de temperatura.

Bruscamente, el pelo de Cove se inflamó en una hedionda llamarada azul. La mujer, horripilada, saltó de la cama y empezó a buscar sus ropas.

Ahora, John Cove estaba literalmente envuelto en fuego azul. Sonidos ininteligibles escapaban de sus labios, mientras iba de un lado a otro de la habitación, envuelto en aquel fuego devorador. Se había quedado solo; pero no lo sabía.

Al cabo de unos momentos, cayó al suelo y empezó a consumirse.

CAPITULO V

Notablemente preocupado, Morgan leyó la noticia al día siguiente por la mañana. La víspera había intentado entrevistarse con otros de los miembros de la expedición, sin conseguirlo, ya que tanto Neil Sampson como Zeb Chambers, que eran los que faltaban, se hallaban momentáneamente ausentes de Londres. Se preguntó si sería conveniente hablar de nuevo con Compton.

De pronto, llamaron a la puerta.

Abrió. Cora apareció ante sus ojos, con una carpeta de dibujo bajo el brazo.

—¡Caramba, sí que madruga...!

—A usted se le han pegado las sábanas —contestó ella acremente—. Son más de las diez de la mañana. Si sabe lo que significa la palabra reloj.

—Anoche no tenía sueño y estuve leyendo hasta muy tarde —se disculpó él—. ¿Quiere una taza de café?

—Déjelo por ahora. —Cora puso la carpeta sobre la mesa—. ¿Ha leído la noticia?

—Sí. Horrible, me parece.

—Por supuesto. Cove ha muerto de la misma forma que sir Everett.

—Eso no es todo —dijo Morgan—, En cierto modo, soy el hombre de la mala suerte. Con Cove me pasó lo mismo que con sir Everett. Ambos murieron a los pocos minutos de separarme de ellos.

—No me diga... ¿Estuvo hablando con él?

—Sí, pero se mostró terriblemente reticente. Lo único que pude sacar en limpio es que sir Everett lo contrató y que le pagó generosamente, pero se negó en absoluto a citar una cifra.

—Le mintió, Randy.

Morgan enarcó las cejas.

—¿Cómo lo sabe?

—Ahora lo sabrá.

Cora abrió la carpeta y dejó a la vista una enorme fotografía ampliada de la diosa Ashaea. El tamaño era doble de la fotografía que le había entregado el escultor.

Ahora se podía ver a Ashaea sosteniendo con ambas manos una especie de rosario, de cuentas muy gruesas y de dos vueltas. Estupefacto, Morgan se dio cuenta de que las supuestas cuentas del rosario eran piedras preciosas, enormes y sin tallar.

—Ya le dije que tenía un artista del retoque —manifestó Cora, muy satisfecha—. Peter Havelock supo bien pronto cómo completar la fotografía.

—Una sarta de piedras preciosas... tan grandes como huevos de paloma —dijo Morgan, pasmado.

—Eso es lo que tenía la estatua y eso es lo que, sin duda alguna, se llevaron sir Everett y sus amigos de la Cámara de las Plegarias.

—Cora, si es cierto, las piedras preciosas, aun vendidas a bajo precio, les rindieron una fortuna —exclamó Morgan.

—Así pienso yo —convino la chica—. Y por esa razón, Ashaea ha iniciado la venganza por el despojo de que fue objeto.

—¡Por favor! Una venganza, desde miles de kilómetros de distancia... —se sulfuró Morgan.

—¿No habíamos quedado de que, incluso en este siglo de escépticos, hay misterios que la mente humana es incapaz de comprender todavía?

—Sí —admitió él, pensativo—. Pero, a pesar de todo...

—Randy, ¿qué clase de fuego es el que mata a las personas, carbonizándolas de un modo casi total, sin dejar en el suelo apenas una marca negra? Otra clase de fuego habría incendiado la casa, ¿no cree? Pero en estos dos casos, el fuego se ha limitado prácticamente a los cuerpos de las víctimas. Si cualquiera de los dos se hubiese quemado, como si le hubieran arrojado encima el contenido de una lata de gasolina, esas llamas habrían prendido en los muebles, en las ropas, en los cortinajes... ¡y no sucedió nada de eso! Recuerde a sir Everett; el suelo de su casa era de parquet, madera, en suma, y apenas si se quemó. ¿Lo entiende ahora?

—Querría entenderlo —suspiró él—. Bien, ¿qué vamos a hacer ahora?

Resuelta, Cora cerró la carpeta.

—Vamos a ver al cazador —propuso.

—Sí, resultará interesante ver la cara que pone cuando vea la fotografía, completada por su amigo.

Cora movió la carpeta. Algo cayó al suelo, junto con el diario de la mañana.

—¿Qué es eso? —exclamó.

Morgan se inclinó y recogió el diario y algunas cartas.

—El correo de ayer. No lo he mirado siquiera; sólo debe contener facturas y folletos de propaganda... —De pronto, lanzó una exclamación—: Eh, ¿qué es esto?

La carta que tenía en la mano venía en un sobre de tamaño ligeramente superior a lo normal, de papel muy fuerte, y pesaba de un modo extraño. Intrigado, Morgan sacó una plegadera, rasgó el sobre y extrajo de su interior una plancha de forma rectangular, algo más larga que una tarjeta postal y de unos dos milímetros de grueso.

La plancha parecía de un metal mate, muy denso. En su centro había grabado un extraño mensaje, posiblemente con un buril:

«DEJE QUE ASHAEA EJECUTE SU VENGANZA.»

Eso era todo.

Atónitos, Morgan y Cora cambiaron una mirada. ¿Quién era el misterioso remitente del mensaje y cómo se había enterado de que el joven trataba de resolver aquel misterio?

Súbitamente, una llamita azul brilló en una de las puntas de la plancha.

Cora lanzó un chillido. Morgan respingó. Su primera intención fue lanzar la plancha a un lado, pero el instinto le hizo contenerse y corrió hacia la cocina, arrojándola a la pila del fregadero.

Un segundo después, la plancha era una pura llama azul, que apenas despedía calor. Antes de un minuto, el mensaje se había convertido en un montoncito de negras cenizas, que fue arrastrado rápidamente por el agua procedente del grifo que Morgan había abierto.

Cora estaba muy pálida.

—¿Piensas desistir? —preguntó.

Morgan hizo un gesto.

—Seguiré adelante —respondió—. Ahora, más que j nunca, estoy empeñado en obtener la solución de este enigma.

—Vamos a enfrentarnos con fuerzas poderosas, de una naturaleza que nos resulta absolutamente desconocida —dijo ella.

—Nosotros no robamos el collar de la diosa. Todo lo contrario, más bien podría decirse que intentamos conocer su paradero, ¿no cree?

—No había visto el asunto desde ese ángulo...

Rehecho, Morgan sonrió, a la vez que agarraba el brazo de la muchacha y la conducía de nuevo a la sala.

—Siempre conviene encontrar todos los puntos d¿ vista de un mismo caso —dijo—. Y, a propósito, ahora, después de lo que ha pasado, y aunque sea todavía un poco pronto, creo que le conviene un moderado traguito de brandy, que la dejará como nueva.

—Falta me hace, sí, señor —suspiró la chica, todavía muy impresionada por lo que acababa de suceder.

* * *

Harold Compton no estaba en casa. Frustrados, Morgan y la muchacha volvieron de nuevo a la calle. Cora dijo que tenía trabajo y se separó de él. Morgan se encaminó al estudio de su amigo Reg Sands, con el que pasó la mayor parte del día, a ratos viendo cómo dibujaba y a ratos escribiendo él mismo apuntes para un relato de los acontecimientos.

Al atardecer, Morgan se separó de su amigo. Tendría que hacer algo, se dijo. Las pocas libras esterlinas que tenía ahorradas iban camino de volatilizarse en menos de un mes. Mientras conducía bajo un cielo húmedo, que convertía el asfalto en un brillante espejo, pensó en la posibilidad de buscar a un comprador de las joyas.

Pero quizá sir Everett las había vendido en Amsterdam. Y cualquier comprador, que no sería precisamente un don nadie, mantendría los labios tan herméticamente cerrados como si se tratase de la bóveda del Banco de Inglaterra. No, por ese camino no conseguiría nada, reconoció íntimamente.

¿Cuánto le habían dado a sir Everett por las piedras robadas a la estatua de

Ashaea? ¿Cien, doscientas mil... un millón de libras? Cualquier suma podía aceptarse y su monto total resultaría mareante.

Decidió que debía distraerse un poco y encaminó sus pasos hacia el pub en que había conocido a Cora días antes. Había allí una camarera, que no era precisamente la de los pechos como melones, a quien le propondría un ratito de diversión juntos. Era una chica muy dulce y amable y...

Cuando cruzaba la acera, vio a una mujer que salía del local y se quedó como petrificado.

—¡Usted!

Ella se detuvo y le miró sonriendo.

—¿Me conoce? —preguntó la joven de color.

—¡Dios mío! Dice que si la conozco... —Morgan se rehízo de la sorpresa—. Quiero hablar con usted, señorita...

—Ashiea —dijo ella.

—Será Ashaea.

—No, es Ashiea.

—Si usted lo dice... Yo me llamo Randy Morgan y quiero hablar con usted. Aquí, en su casa, en la mía, donde prefiera.

Ashiea sonrió.

—Hoy no puedo —dijo.

Morgan hizo una mueca.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Mañana, a las seis de la tarde.

—Sí, pero ¿dónde?

—Yo le llamaré con tiempo por teléfono. ¿Le parece bien?

—Me parece que no tengo otro remedio que aceptar —sonrió Morgan. Estrechó la mano de Ashiea y la encontró cálida y aterciopelada—. De todos modos, mil gracias.

Ella no dijo nada, limitándose a sonreír. Morgan la contempló embobado mientras se alejaba. Segundos después, la vio subir a un taxi.

Suspiró y giró para entrar en el local. Entonces vio a un individuo parado en la puerta.

Era muy alto, casi dos metros, y vestía ropas europeas, excepto por un detalle: la especie de túnica blanca que llevaba bajo la chaqueta, adornada con dibujos o bordados geométricos de origen inconfundiblemente africano, en rojo, verde y negro. El color de la piel del hombre era casi idéntico al de la piel de Ashiea, pero llevaba el cráneo completamente afeitado. Los ojos eran ambarinos, como los de un gran gato.

A Morgan le impresionó sobremanera la forma en que le miraba el sujeto. Durante unos segundos, permaneció irresoluto, inmóvil en el mismo sitio. De repente, se le había pasado la necesidad de buscar a su amiga.

Luego reaccionó, pero entonces, el africano se le acercó.

—Olvide a esa mujer, señor Morgan —dijo con voz baja y sibilante.

Morgan se encrespó. El africano le pasaba medio palmo y, aunque era

delgado, se adivinaba en él una fuerza muscular impresionante. Pero había algo que el joven no podía tolerar.

—Señor mío, voy a decirle una cosa, y se lo diría lo mismo si fuese blanco o de cualquier otra raza, detalle que jamás me ha preocupado en absoluto y en ninguna circunstancia —contestó resueltamente—. Sepa usted que estamos en un país libre, donde cada cual puede hacer lo que quiera, siempre que no dañe a un tercero. Demuéstreme que hablando con esa mujer le causo a usted algún perjuicio y desistiré de verla. Pero si no es así, volveré a verla siempre que me apetezca y mientras ella me lo permita. ¿Está claro?

Una ligera sonrisa apareció en los labios del africano.

—Es usted un hombre valiente, amigo mío, y ésa es una cualidad que yo sé valorar muy bien —manifestó—. Pero si le he dicho que olvide a esa mujer, no es por celos, sino, simplemente, por evitarle a usted un daño que pudiera resultar irreparable.

—Agradezco el gesto, pero deje que sea yo quien valore los resultados de mi entrevista con Ashiea. Y, a propósito, usted sabe mi nombre, pero no ha tenido aún la cortesía de presentarse.

—Me llamo Khamu-Kto. —El africano hizo una ligera inclinación de cabeza—. Me gustaría poder decir que ha sido un placer conocerle —se despidió ya con frialdad.

Morgan quedó solo nuevamente en la acera, muy preocupado por la actitud de Khamu-Kto. ¿Cuáles eran sus relaciones con Ashiea?, se preguntó.

Mañana lo sabría, se contestó a sí mismo, a la vez que se encaminaba en busca de su coche. Ahora necesitaba reflexionar... y armarse de paciencia para aguardar la llamada de Ashiea.

CAPITULO VI

Neil Sampson miró con cierta hostilidad a la que consideraba impertinente visitante. Tenía en la mano un cigarrillo y dejó que el humo subiera en lentas espirales hacia lo alto, mientras estudiaba la respuesta que debía dar a Cora Pallisse.

—No veo por qué tengo que contarle a usted algo que ya ha sido divulgado ampliamente en periódicos y revistas —dijo al cabo—. Fuimos a África, emprendimos una expedición hasta Keshaua, estuvimos allí algunas semanas y nos volvimos, eso es todo.

—Hay detalles que no han sido divulgados, señor Sampson —manifestó la chica lentamente.

—¿Sí?

—¿Me permite?

Esta vez, Cora había llevado la fotografía retocada enrollada. Quitó el papel que la envolvía y la desenrolló, sosteniéndola plana con ambas manos frente a su interlocutor.

—Ashaea tenía una especie de rosario o sarta hecho, sin duda, de piedras preciosas —dijo.

El rostro de Sampson se puso lívido.

—No... no es cierto... ¿De dónde ha sacado usted esa historia?

—Sir Everett encargó a un escultor le reprodujera la estatua de la diosa Ashaea, entregándole al efecto algunas fotografías con distintas tomas de la estatua. Pero, previamente, había retocado esas fotografías, casi con seguridad lo hizo él mismo, «borrando», por así decirlo, las imágenes del collar, a fin de que no se supiera nada del mismo. Por la expresión que veo en usted, señor Sampson, puedo apreciar que mis, manifestaciones son verídicas.

La mandíbula inferior de Sampson tembló perceptiblemente.

—No... no diré nada al respecto... Usted no puede acusarme... Ningún tribunal inglés podría...

—Yo no trato de acusarle. Sólo quiero conocer la verdad.

—¿Para qué? —chilló Sampson.

—Es una bonita historia.

Sampson se pasó una mano por la frente. Dudó un momento v, al fin, se dirigió a una mesa con servicio de licores.

Cora oyó claramente el tintineo de la botella al entrechocar contra el borde de la copa. El pulso de Sampson fallaba, pensó.

«Tiene un miedo espantoso.»

También tintineó el vaso un par de veces contra los dientes del sujeto. Al fin, Sampson logró ingerir un gran trago.

—Sir Everett nos engañó miserablemente —dijo de pronto, volviéndose descompuesto hacia la muchacha—. Sí, robamos el collar... Había casi un centenar de piedras, gruesas como huevos de paloma. Rubíes, esmeraldas,

zafiros, ópalos... Usted no puede hacerse una idea de la fascinadora belleza de la joya; es algo que no se puede describir con palabras...

Hizo una pausa y se sirvió otro trago.

—No pudimos resistir la tentación —continuó—. Sir Everett nos aconsejó que aceptáramos la ceremonia de la purificación y lo hicimos todos menos uno. Entonces fue cuando nos permitieron la entrada a la Cámara donde estaba la diosa.

—Y se llevaron la joya.

—Aquella misma noche, a la madrugada. La ceremonia completa incluía una noche entera de vela en la caverna donde estaba la diosa... pero antes de que se hiciera de día, ya habíamos desaparecido de aquel lugar. Realmente, Keshaua no es un país muy extenso y al amanecer nos encontrábamos ya en sus límites. Creo que los nativos nos persiguieron, pero, en todo caso, no rebasaron la frontera y nos dejaron marchar...

—Usted ha dicho que sir Everett les engañó. ¿Quedase de engaño, señor Sampson?

—Se quedó con la inmensa mayoría de las piedras. Dijo que él se encargaría de la venta y de repartir equitativamente el importe, pero nos estafó. Yo me quedé con una esmeralda, le dije que tenía ese capricho, y él accedió... pero luego nos dio una miseria...

—¿Cuánto?

—Tres mil... —Sampson exhaló una risa nerviosa—. Figúrese, una sola de las piedras valía al menos el doble... Yo lo sé muy bien, señorita Pallisse... Llevé la esmeralda a un joyero y me pagó cinco mil libras.

—¿Puede indicarme el nombre de ese joyero?

—Claro.

Cora anotó el nombre y la dirección del comprador de la esmeralda. De pronto, se le ocurrió una idea.

—Señor Sampson, al darse cuenta de que sir Everett les estafaba, ¿no se les ocurrió denunciarle a la Policía?

—Hubiera resultado inútil. ¿Qué pruebas podríamos haber alegado? Todas las fotografías y filmes de la expedición fueron realizados exclusivamente por él. Al lugar donde estaba la diosa no llevó cámara de cine y sólo una microcámara, cuyos negativos retocó sin duda después. ¿Cómo probar la existencia del collar?

—Una maniobra muy astuta, no cabe la menor duda —convino Cora—. Le agradezco sus informes... Ah, una última pregunta, por favor, señor Sampson.

—¿Sí? —dijo el hombre.

—¿Cree usted que las muertes de sir Everett y de John Cove se deben a una venganza de la diosa, por el despojo de que fue objeto?

Sampson volvió a palidecer.

—Lo único que puedo decirle es que maldigo el momento en que se me ocurrió aceptar la proposición de sir Everett —contestó.

—Muchas gracias.

Cora dio media vuelta y se dirigió hacia la salida.

Cuando ya ponía la mano en el pomo, oyó a sus espaldas un terrible aullido.

Giró en redondo. El horror la hizo retroceder, hasta pegar su espalda a la madera. A cinco pasos de ella, Neil Sampson se abrasaba vivo en un fuego azul, de llamas muy pequeñas, pero inexorablemente devoradoras.

Cora creyó que iba a vomitar cuando vio que el pelo del individuo se encendía en una fulgurante llamarada azul. Los gritos que emitía el desgraciado, de no excesivo volumen sonoro, pero de horripilantes tonalidades, torturaron el cerebro de la chica más que sus tímpanos.

La estancia rebosaba de un hedor indescriptible. Horrorizada, Cora vio que Sampson daba un paso hacia ella, a la vez que alargaba las manos, como si quisiera solicitar su ayuda. Cora hubiera deseado en aquellos momentos tener la facultad de traspasar los muros para escapar en un instante de aquel lugar. Ahora, pensó, Sampson la abrazaría y su fuego se comunicaría a ella...

De pronto, Sampson, con un ronco gemido, que no parecía salir de una garganta humana, se vino de bruces al suelo. Sus manos se abrían y cerraban convulsivamente, a la vez que sus pies eran sacudidos por fuertes espasmos. Al fin, venciendo la morbosa atracción que la retenía como si tuviese los pies clavados al suelo, consiguió abrir la puerta y huyó enloquecida de aquella casa, cuyo dueño había perecido de la muerte más horrible que hubiera podido imaginar.

Una muerte horrible... y también incomprensible, pensó, mientras, en la calle, con mano temblorosa, marcaba el número de la Policía.

* * *

Cuando oyó el timbre del teléfono, Randy Morgan, terriblemente nervioso, saltó hacia adelante y levantó el aparato.

—Morgan —dijo, muy excitado.

—Le daré una dirección —sonó una voz femenina de timbre inconfundible —. Puede estar en mi casa dentro de una hora.

—Sí, sí, diga...

Morgan anotó las señas. Fue a decir algo, pero entonces se dio cuenta de que Ashiea había cortado ya la comunicación.

Durante unos segundos, contempló, exultante de júbilo, la hoja de papel en donde había anotado la dirección de la joven africana. Luego, reaccionando, corrió a vestirse.

Sesenta minutos más tarde, se encontraba ante una casa, cuyo aspecto le decepcionó un tanto. Era un edificio corriente, de planta y primer piso, de estilo vulgar y adocenado, rodeada por un jardín no demasiado bien cuidado. Pero estos detalles tenían sin cuidado al impaciente visitante. Morgan atravesó el jardín en media docena de zancadas, subió tres escalones y llamó con la mano derecha. En la izquierda sostenía un monumental ramo de flores.

La puerta se abrió. Una voz sonó en el interior de la casa:

—Pase a la sala. Estaré con usted dentro de cinco minutos.

Morgan hizo lo que le decían. Para su asombro, la sala tenía muy pocos muebles y era más espaciosa de lo que hubiera podido imaginarse. En la chimenea ardían unos cuantos leños, cosa que hacía el ambiente sumamente agradable.

Transcurrió un rato. De pronto, Morgan oyó unos pasos muy suaves.

Ashiea apareció en la puerta, sonriendo levemente. Morgan sintió que se le aflojaba la mandíbula. Quiso decir algo, pero no encontraba las palabras adecuadas.

Tragó saliva como un adolescente en su primera cita amorosa. Ashiea vestía una larga túnica blanca, con dibujos geométricos en rojo, negro y verde, cerrada de cuello y mangas, pero con una curiosa peculiaridad: el tejido era una fina red, que convertía a la prenda en casi transparente. Y debajo de la túnica, no había más ropajes.

—Y bien, ¿no tiene nada que decirme? —preguntó Ashiea.

Morgan alargó el ramo de flores, sosteniéndolo con las dos manos.

—Para usted. Y gracias por haber accedido a recibirme...

Ashiea cogió las flores y las dejó indolentemente sobre una mesa.

—¿Le apetece un trago? Yo no bebo, pero si a usted le gusta, no se prive por mí —dijo con dulzura.

—Sí, creo que necesito un trago...

Morgan destapó una botella y se sirvió dos dedos de whisky, que despachó en el acto. Luego se volvió hacia la joven.

—Ashiea, yo quiero decirle algo muy importante —manifestó.

Ella sonrió, ya sentada en un espacioso diván.

—Venga a mi lado —invitó.

El joven hizo un esfuerzo y meneó la Cabeza.

—Prefiero hablar de pie —contestó.

—Muy bien, empiece.

Morgan inició su relato, a partir del momento en que acudió a la residencia de sir Everett Fyfe. Ashiea no le interrumpió una sola vez, contemplándole con fijeza casi hipnótica, absolutamente inmóvil, con la barbilla apoyada en la mano derecha.

Al terminar, Morgan suspiró.

—Y eso es todo —dijo—. Créame, el parecido de usted con la estatua que vi en casa de sir Everett es asombroso.

Ashiea rió por primera vez.

—Puede tratarse de una casualidad, ¿no cree? A veces, se dan ciertas coincidencias...

—Sí, pero, en tal caso, ¿por qué me han ordenado que deje de investigar en el caso? Ya sé que no tengo autoridad alguna, pero lo hago a título particular. Si se ha cometido un crimen, su solución es cosa de la Policía. Yo sólo quiero obtener una buena historia.

—Randy, amigo mío, dígame su opinión particular sobre el caso.

—Es un poco difícil —contestó él—. Aún no tengo formado un criterio completo... Ya sé que en África hay todavía cosas misteriosas, incomprensibles no sólo para los nativos, sino también para los europeos... pero yo diría que las muertes que se han producido son como una especie de venganza de la diosa por el despojo que sufrió.

—Ah, lo cree así.

—Los cinco expedicionarios robaron un valioso collar. Era un ornamento de la estatua y, me imagino, a los nativos no les debió de agradar el despojo. Yo lo encuentro perfectamente lógico, pero, ¿era preciso matar? Si han enviado a un mensajero, ¿por qué no ha tratado de ponerse en contacto con los expedicionarios para recobrar la joya robada?

—Es una pregunta difícil de contestar, por no decir imposible —declaró Ashiea—. De todas formas, le diré una cosa, Randy.

—¿Sí? —exclamó él ansiosamente.

—Déme algunos días de tiempo. Quizá yo pueda ayudarle. Tengo algunas relaciones... También siento cierto interés por esclarecer ese misterio.

Morgan se inclinó hacia adelante.

—Ashiea, ¿de dónde es usted? —preguntó.

Ella sonrió evasivamente.

—Mi origen es africano —contestó.

El joven se dio cuenta que ella no quería declarar su lugar de nacimiento. La convicción de que Ashiea había llegado desde Keshaua se aferró con fuerza en su ánimo.

La estatua que había admirado en casa de sir Everett, ¿era la misma mujer, arrebatadoramente bella, que tenía frente a sí?

—¿No quiere tomar otro trago? —sugirió Ashiea.

Morgan asintió. Bebió otro poco y luego miró a la joven, que se ponía lentamente en pie.

De pronto, todo dio vueltas a su alrededor. Por un instante, pensó que Ashiea le había narcotizado. Pero aquel vértigo fue muy breve y los objetos dejaron de girar a su alrededor.

Y también desaparecieron.

Ahora estaba en el interior de una enorme cueva, alumbrada por dos lámparas, que no eran sino enormes cuencos de barro cocido, que contenían el aceite combustible, extraña y agradablemente perfumado.

Las lámparas estaban a ambos lados de la estatua de la diosa Ashaea. Ella tenía los brazos extendidos, pero no sostenía el collar. Sus manos aparecían vacías.

En torno a él reinaba un silencio absoluto. De pronto se dio cuenta de que la estatua vivía.

Respiraba lenta y rítmicamente. Los vértices de sus senos, perfectas semiesferas de carne viva y palpitante, subían y bajaban a cada movimiento de su respiración. En sus labios llenos de vida había una tenue sonrisa, cuyo

significado era imposible desconocer.

Morgan dio un paso hacia la estatua y otro y otro... Sus brazos rodearon la esbelta y cálida cintura. Entonces, los brazos de Ashaea se movieron y se enroscaron en torno a su cuello.

Los brazos del joven acentuaron su presión. Los senos de Ashaea rozaron su pecho. Y las bocas de la pareja se hicieron una sola, en un silencioso estallido de pasión, en cuyas ondas se sumergió Morgan, olvidado de todo y de todos, absorto exclusivamente en el placer que le daba aquel cuerpo de la diosa que, misteriosamente, inexplicablemente, había vuelto a la vida.

CAPITULO VII

La linterna se movió oscilante, lanzando su haz de rayos luminosos en todas direcciones, hasta fijarse en el rostro del hombre dormido en el asiento de su automóvil. Morgan se removió inquieto, dijo algo entre dientes y parpadeó, molesto por la luz que incidía directamente en sus ojos.

—¿Se siente usted enfermo, señor?

Morgan se irguió un tanto. El hombre que le hablara era un policía.

—Eh... ¿Qué?

De pronto, se dio cuenta de que estaba en su coche. El guardia le miraba con recelosa curiosidad, aunque mostrándose cortés y amable.

—¿Le ocurre algo, señor? —insistió.

Morgan respiró el aire fresco de la noche.

—Me he quedado dormido... —Miró a su alrededor. La casa de Ashiea estaba a su derecha, silenciosa, con las luces apagadas. ¿Por qué estaba en el coche y no en el interior, junto a la hermosísima africana?—. Agente, ¿quién vive en esa casa? —preguntó.

—¿Cómo, señor? Perdón, pero si se refiere usted a esa casa, está deshabitada desde hace muchos años.

—¡No puede ser!

—Lo siento, señor. Hace años que recorro el barrio y sé lo que me digo. La casa está deshabitada, puedo garantizárselo.

—Pero...

Morgan consultó la esfera de su reloj. Eran casi las tres y media. Y había llegado a las seis... Por tanto, habían transcurrido más de ocho horas.

El policeman seguía mirándole. Morgan reflexionó rápidamente. Lo mejor era no comentar más el caso. Volvería en otro momento, se dijo.

Sonrió de mala gana.

—He debido soñarlo —dijo—. Gracias por haberme despertado, agente.

—De nada, señor.

Morgan dio el contacto, encendió las luces, embragó y se alejó de aquel Jugar.

No, no había sido un sueño. Había estado junto a Ashiea... y ella se había transformado luego en Ashaea, la diosa... y la había tenido en sus brazos, y había sentido el fuego de sus besos y se habían amado... ¿O se trataba de un caso de sugestión hipnótica?

Cuando llegó a su casa, se desvistió, fue a la cama y, cinco minutos más tarde, dormía como un leño, alejado por completo de lo que le había sucedido en las horas precedentes.

El timbre del teléfono empezó a sonar poco después de las nueve de la mañana y su sonido estridente tardó un buen rato en perforar 1a espesas brumas que envolvían el cerebro de Morgan, una vez cesó el que le parecía horrísono sonido, pero fue para reanudarse a los pocos minutos.

Morgan hizo un esfuerzo y abandonó el lecho. Al fin, levantó el aparato y dio su nombre.

—¡Randy! —Soñó en sus oídos la ansiosa voz de Cora—. Gracias a Dios, temía que le hubiera sucedido algo...

—Estaba dormido, lo siento. ¿Qué le pasa, Cora?

—Algo horrible... ¿Puedo hablar con usted?

—Ya lo está haciendo, ¿no?

—Quiero decir en su casa, ahora... bueno, lo que me cueste llegar...

—Venga, chica —accedió él—. Creo que yo también tengo que contarle algo...

—Estaré ahí dentro de media hora, Randy.

—Muy bien.

Morgan fue al baño y se metió bajo la ducha. Una vez seco, fue a la cocina y puso la cafetera al fuego. Acababa de tomarse la primera taza de café, cuando oyó el timbre de la puerta.

Abrió. Cora entró casi atropellándolo.

—Algo horrible, Randy... ¿Ha leído los periódicos?

—Acabo de levantarme —confesó él—. Pero tengo café recién hecho. ¿Le apetece?

—Sí, una taza... [Randy, Sampson ha muerto!

Morgan caminaba ya hacia la cocina y se volvió en el acto.

—Muerto —repitió.

—Lo vi yo. Estuve hablando con él. Oh, cada vez que recuerdo esa escena, se me ponen los pelos de punta... ¡Ardió ante mis ojos!

El joven respingó.

—Horrible —comentó.

—No se puede dar una idea... —Ya estaban en la cocina y Morgan llenó dos tazas, ya que sentía la necesidad de tomar más café. Cora prosiguió—: Quería pedirme ayuda... pero no pude hacer nada por él...

—Vamos, vamos, cálmese. —Morgan le ofreció una silla—. ¿Qué le dijo? —preguntó.

Cora hizo un sucinto relato de su entrevista con Sampson. Al terminar, Morgan asintió con la cabeza.

—No me extraña —dijo—. Aunque no conocía personalmente a sir Everett; cuando le vi por primera vez me pareció el perfecto desaprensivo, además de pedante y orgulloso. Por tanto, creo plenamente a Sampson. Sí, sir Everett debió de quedarse con la mayor parte de las piedras preciosas.

—Pero yo conozco al joyero...

—¡Cómo!

—Perdón, debo rectificar. Quiero decir que Sampson me facilitó el nombre y la dirección de! individuo a quien vendió una valiosa gema. Claro que después de lo que sucedió, no tuve deseos de entrevistarme con el comprador.

—Podríamos ir luego, si le parece —apuntó Morgan.

—Sí, desde luego. Y ahora, por favor, cuénteme lo suyo.

Morgan apretó los labios un instante. Cora vio que la mirada del joven parecía perderse en un punto infinitamente lejano.

—Ha estado con la doble de Ashaea —adivinó.

—Sí.

Morgan sacó cigarrillos. Hubo una pausa mientras los encendían. Luego, él murmuró:

—¿Estuve con Ashiea o lo he soñado?

—No entiendo, Randy.,;

—Fui a su casa, hablé con ella... y me desperté en mi propio coche, a las tres y media, y eso gracias a que el agente de la ronda de noche pasó por allí. Pero aún no consigo entender cómo pude llegar hasta el coche... desde una casa deshabitada desde hace muchos años.

—; Por favor, Randy!

—Estoy hablando en serio. Cora.

La chica escuchó en silencio durante unos minutos. Cuando Morgan hubo terminado de hablar, dijo:

—Randy, en principio opto por creer al guardia; a fin de cuentas, él conoce el barrio y tiene que saber prácticamente muchos detalles de sus habitantes. Pero, a pesar de todo, creo que deberíamos convencernos por nosotros mismos. ¿Quién sabe si no han alquilado la casa recientemente, sin que el guardia haya tenido tiempo de enterarse? Si hace el turno de noche, cabe la posibilidad de que no sepa lo que sucede en esa casa durante el día.

—Es un argumento muy razonable —convino Morgan—, Un guardia llega a conocer al barrio y sus habitantes, pero eso no es cosa de un día. A lo mejor, hoy o mañana se entera de que la casa donde me citó Ashiea está ya habitada.

Miró a la muchacha.

—Una pregunta, Cora —añadió.

—Dígame, Randy.

—Usted avisó a la Policía... pero, ¿se quedó allí?

—No, por Dios; escapé como si me persiguiera el mismísimo demonio. Y créame, Sampson ardió como deben de arder los condenados en el infierno.

Morgan sonrió.

—Pero allí arden eternamente —puntualizó.

Cora sintió un escalofrío.

—Sera mejor que dejemos las bromas sobre este asunto —propuso—, Todavía me siento llena de pánico cuando recuerdo a Sampson, estirando las manos hacia mí, como si quisiera agarrarme... En estos momentos, supe por primera vez qué es no poder emitir un solo sonido, porque la voz se negaba a salir de mi garganta, ni moverme, porque tenía los pies pegados al suelo... Son frases tópicas, que definen situaciones, pero en mi caso, créame, Randy, no había ninguna metáfora.

—La comprendo —dijo él afectuosamente—. ¿Vamos?

—Sí, desde luego.

* * *

La tienda de Bart Parry era pequeña, aunque bien surtida. Pese a su aspecto de indudable modestia, había en su interior joyas muy valiosas. No obstante, la misma pequeñez del negocio, hacía innecesario un dependiente. Parry se valía por sí mismo para atender a la clientela, no limitada exclusivamente a las gentes del barrio.

La clientela de Parry tampoco se limitaba a los compradores de joyas. Pero cierta clase de clientes eran de los que actúan con un máximo de discreción. Y había muchos que conocían la otra faceta del negocio, pero que, por propia conveniencia, callaban tanto como su dueño.

En aquellos momentos, no había nadie en la tienda. Bart Parry se había colgado un cigarrillo de los labios, aunque sin encenderlo y, sentado tras el diminuto mostrador, con una lente ante el ojo izquierdo, se esforzaba en reparar el cierre de un broche de platino y diamantes. En la puerta había una campanilla que sonó argentinamente cuando el hombre la empujó hacia adentro.

Parry continuó con su labor, sin mirar siquiera al recién llegado. Pero su pie derecho estaba sobre el pedal del timbre de alarma, conectado con la comisaría del barrio, situada a menos de un cuarto de kilómetro. Una vez, dos mozalbetes habían intentado robarle, a punta de navaja. Los ladrones habían sido capturados con el botín en la misma puerta de la joyería, sin saber cómo los policías se habían presentado con la misma rapidez que si hubiesen sido transportados por arte de magia.

—Hola —dijo el recién llegado.

—Hola —contestó Parry—. ¿En qué puedo servirle?

Algo cayó sobre el mostrador. Parry desvió su mirada del broche y vio una fotografía, en la que aparecía una piedra preciosa, de maravilloso color verde.

—Una hermosa esmeralda —dijo—. ¿Trae la fotografía para que yo la contemple y haga una oferta?

—No. Traigo la fotografía para que sepa que debe entregarme esa esmeralda.

Entonces, Parry alzó los ojos y vio al sujeto. Un helado escalofrío recorrió su espalda.

—No sé de qué me está hablando, señor —dijo.

El africano sonrió.

—Señor Parry, sé que tiene el pie sobre el timbre de alarma. Pise todo lo que quiera; el timbre no sonará en la estación de Policía,

En la expresión del africano había algo que helaba la sangre en las venas. Parry presintió que su visitante decía la verdad; la alarma no sonaría.

De pronto, el hombre alargó su mano, con el índice estirado hacia el cigarrillo que pendía de los labios de Parry. Una leve llamita azulada brotó de la yema del dedo. Maquinalmente, Parry aspiró y el cigarrillo humeó en el acto. El africano hizo un gesto con la mano y la llama se apagó.

—La esmeralda, señor Parry.

El joyero, aún aturdido, hizo un esfuerzo.

—No... no sé de qué me habla...

—Usted tiene la esmeralda.

—Le digo que...

El africano puso su mano sobre la caja registradora. Sonó un timbrazo y el cajón del dinero salió disparado. En sus departamentos había un cheque, varios billetes y bastantes monedas. La mano del visitante volvió a moverse. El cheque y los billetes se encendieron con llamas azules. Parry lanzó un grito, se puso en pie de un salto y retrocedió hasta que su espalda chocó contra los estantes de! otro lado.

El fuego se apagó unos segundos más tarde. Con ojos llenos de terror, Parry miró a su visitante.

«¿Era un brujo?», se preguntó.

—Por última vez, déme la esmeralda —pidió el hombre de color.

Parry se rehízo en parte. Lanzó una maldición y, arrancándose el cigarrillo de los labios, lo tiró a un rincón.

—Voy a llamar a la Policía —anunció.

Corrió hacia la puerta y trató de abrirla, pero la cerradura resistió todos sus esfuerzos. Frenético, agitó los brazos, pero ninguno de los transeúntes que pasaban frente a la tienda pareció verle.

Un sentimiento de horror indefinible invadió su ánimo. Ahora se sentía absolutamente impotente para luchar contra los misteriosos poderes del visitante. Estaba en sus manos y no había fuerza humana que pudiera concederle la menor ayuda.

El escaparate y la puerta estaban juntos. Una pareja se detuvo ante el escaparate. Parry golpeó frenéticamente el cristal de la puerta, pero los dos jóvenes no dieron señales de haberle visto ni oír sus golpes.

Sudando a mares, se volvió. El africano sonreía de un modo horrible.

—Le... le daré la esmeralda..., pero váyase, váyase...

Jadeaba. Apenas podía articular las palabras.

—Es usted un hombre sensato —dijo el africano.

Parry corrió hacia el interior de la tienda. A los pocos momentos, salió con una cajita en la mano. El africano la tomó, levantó la tapa y sonrió complacido.

—Muchas gracias, señor Parry.

—Maldito... —dijo el joyero.

El visitante no hizo el menor caso de la imprecación. Fue hacia la puerta y Parry vio, estupefacto, que se abría por sí sola. Un segundo después, el misterioso visitante había desaparecido de su vista.

Entonces, Parry reaccionó y corrió hacia la entrada. Un agente, conocido suyo, pasaba en aquellos momentos por delante de la tienda.

—Harry —exclamó—. Ese cliente...

El guardia le miró asombrado.

—¿Qué le pasa, señor Parry? ¿Le han robado?

El joyero miró asombrado a derecha e izquierda de la calle. Su cliente se había esfumado como si jamás hubiese existido. Descorazonado, hizo un gesto con la cabeza.

—No... Se olvidó algo, pero no tiene importancia... Ya volverá —dijo, sabiendo que era una sangrante mentira. Había creído hacer un magnífico negocio con la esmeralda que, debidamente fragmentada y tallada podía rendirle el cuatrocientos por ciento, pero lo único que había conseguido era perder el dinero pagado por ella.

El agente sonrió.

—Tiene mala cara, señor Parry —dijo—. Le aconsejo se tome una aspirina.

Y continuó su camino apaciblemente, mientras el frustrado, y también aterrado joyero, volvía al interior de su tienda, maldiciendo el día en que había conocido a un tipo llamado Neil Sampson.

CAPITULO VIII

—Esta es la casa —dijo Morgan, después de detener el coche.

Cora examinó el jardín críticamente. Estaba muy abandonado y había bastante maleza. La valla de madera que la circundaba aparecía despintada, incluso rotos algunos de sus elementos. Las ventanas de la casa estaban cerradas. Había un par de cristales rotos y era evidente que a la fachada le hacía falta una buena mano de pintura.

—¿Estás seguro, Randy? —le tuteó inconscientemente.

—Absolutamente. —Morgan sacó su libreta de notas y consultó una de sus páginas—. Mira, ella me dictó la dirección por teléfono. Acudí a la hora acordada... y me recibió.

Cora permaneció silenciosa unos instantes. De pronto, abrió la portezuela.

—Vamos a comprobarlo —exclamó.

Morgan se apeó. Cora levantó la aldabilla de la puerta del jardín y avanzó a lo largo del sendero, casi completamente cubierto de hierbajos. El joven se sentía estupefacto. «Anoche —pensaba— el jardín aparecía un tanto descuidado, pero no tan abandonado como ahora.»

¿Hipnotismo?

¿Había empezado a sugestionarle Ashiea antes de entrar en la casa?

¿No había soñado todo lo ocurrido después?

Los labios de Ashiea eran reales, y su cuerpo maravilloso... y los inmensos minutos en que ambos se habían unido en un incomparable éxtasis...

Pero Cora ya estaba ante la puerta, con la mano en el pomo. Lo hizo girar y la puerta se abrió sin dificultades.

La luz del día penetró a través del hueco. Cora lanzó una exclamación:

—¡No hay duda! ¡La casa está abandonada!

Había algunos muebles viejos, con el tapizado deshilachado. El pasamanos de la escalera que conducía al piso superior se veía corroído en muchos sitios por los insectos de la madera. Una cortina aparecía en el suelo, deshecha la faja que la unía a las anillas.

—Randy, una vez más, ¿estuviste aquí?

—Sí. Lo juro, Cora. Pero... ella... quizá me hipnotizó, haciéndome ver cosas que no existían...

—En tal caso, y aun admitiendo esa teoría, ¿por qué, Randy?

—Quizá quería enterarse de lo que he conseguido averiguar, ¿no te parece?

—Es muy posible —admitió ella.

—Si es así, no cabe duda de que tiene un poder de sugestión verdaderamente fenomenal —dijo el joven, meditabundo.

—De sugestión... y de seducción —añadió Cora maliciosamente.

—Es muy hermosa, en efecto —convino él.

—¿Resultaría indiscreto por mi parte preguntarte qué sueños imbuyó en tu mente? ¿Fueron agradables?

Morgan guardó silencio unos instantes. Había besado y abrazado a Ashiea y luego sus cuerpos se habían fundido en uno solo, ardiendo en un fuego pasional como él no había conocido nunca..., pero ¿lo que había pasado, fue realidad o sólo un sueño causado en su mente por el influjo más poderoso de la de Ashiea?

—¿No me contestas, Randy? —dijo Cora.

—Te contestaría si estuviese absolutamente seguro de lo que sucedió —respondió Morgan por fin—. Has leído la dirección que yo anoté en mi agenda; estamos en la casa donde ella me recibió... y yo estuve con una mujer hermosa.

—Gracias. Si fue un sueño, no cabe la menor duda de que ella te lo hizo sentir sumamente agradable. Pero aquí no vive nadie. Vámonos.

Todavía estaban en el vestíbulo. Morgan extendió la mano con gesto repentino.

—¡Aguarda!

Anduvo unos pasos oblicuamente, asió el pomo de una puerta, lo hizo girar y empujó. Curiosa, Cora le había seguido y miró por encima de su hombro la destartalada sala que había al otro lado.

—Está igual que el resto de la casa —dijo.

—¡No! ¡Mira! —gritó él repentinamente.

Sobre una mesa cubierta de polvo, había un jarrón, en el que se veía un hermoso ramo de rosas.

—¡Son las flores que yo le compré! —dijo Morgan, sumamente excitado—. Lo recuerdo perfectamente, Cora. Por favor, créeme... —Con mano nerviosa hurgó en sus bolsillos y sacó un rectángulo de cartón—. Aquí tienes el «ticket» que me dieron en la floristería después de pagar... ¿Me crees ahora o no?

Cora se mordió los labios. Realmente, Morgan no podía haber sido hipnotizado antes de haber llegado a aquella casa. Pero una vez en su interior...

—¿Y qué objeto tendría? —musitó.

Morgan comprendió el sentido de aquella pregunta y se paso una mano por la frente.

—No lo sé, pero creo que no debemos detenernos aquí —dijo.

—¿Qué sugieres, Randy?

—Hay algo en lo que nos debemos fijar particularmente. Yo he visto a Ashiea dos veces en The Black Crown, e! pub donde nos conocimos tú y yo. Allí, también, me encontré con el tipo africano que me prohibió siguiera adelante. ¿No te parece que en ese pub hay algo que atrae a esa pareja?

—Pudiera ser...

—Por tanto, ahora debiéramos encaminar hacia él nuestras investigaciones. Si no tienes inconveniente, Claro.

—Ninguno, aunque antes me gustaría visitar al joyero que compro la esmeralda. Después de que hablemos con ese tipo, iremos al Black Crown.

¿Conforme, Randy?

—Conforme, preciosa.

Antes de salir, Morgan lanzó por última vez un vistazo a la casa. Allí había pasado unas horas maravillosas con Ashiea. Había cosas sugeridas... y cosas absolutamente reales... y los abrazos amorosos que los habían unido eran una de esas cosas reales. Suspiró.

* * *

Bart Parry tenía el cigarrillo colgando de los labios y miró a la pareja por encima de sus antiparras.

—De modo que vienen a preguntar por la esmeralda que me vendió un tipo llamado Sampson —dijo, con acento lleno de amargo sarcasmo.

—Debo manifestarle que la investigación es absolutamente confidencial y que no repetiremos a nadie lo que nos diga, señor Parry —dijo Morgan.

El joyero se encogió de hombros.

—Se lo voy a contar, aunque, desde ahora, sé que no me van a creer —contestó.

—Apostaría algo a que le ha sucedido un hecho extraordinario —dijo la chica.

—¿Extraordinario? —Parry rió agriamente—. ¿Alguna vez han oído hablar ustedes de un atraco en el que el arma es un dedo índice que despide fuego? Créanme, cada vez que recuerdo lo que sucedió, me entran unos temblores que...

—Por favor, cuéntelo sin miedo. Estamos dispuestos a creerle, por fantástico que sea —dijo Morgan.

—Está bien.

Parry habló durante unos momentos. Al terminar, Morgan y Cora cambiaron una mirada de inteligencia.

—Le creemos, señor Parry —dijo ella.

—Todo lo que pasó en esta tienda fue absolutamente real —añadió Morgan.

—Sí, fue real... —Parry lanzó una sonora maldición y añadió—: Era lo que nos faltaba. Inglaterra está apestada de tipos de piel oscura y ahora, por si fuese poco, empiezan a llegar brujos africanos... El país se va a la ruina; esto ya no es lo que era... Si yo fuese primer ministro, iba a vaciar Inglaterra en cuatro días de negros, amarillos y toda esa asquerosa ralea de seres inferiores, que nos avasallan a los buenos británicos...

Morgan contuvo una sonrisa.

—Le comprendo perfectamente. Muchas gracias, señor Parry —dijo. Y agarró el brazo de la chica para llevársela a la calle.

—El tipo nos ha salido racista —comentó Cora jovialmente, una vez fuera de la tienda.

—Al menos, en su caso se comprende. No debe de resultar muy agradable

ver cómo se queman los billetes de la caja registradora y se funden las monedas... y es obligado a devolver una esmeralda por la que se pagó cinco mil libras...

—Randy, por una sola piedra se pagaron cinco mil libras. En el collar había, más o menos, cien piedras preciosas. ¿Sabes cuánto dinero significa?

—Sí, quinientas mil libras.

—Una cifra mareante, ¿no crees?

—De la que sir Everett obtuvo el mayor provecho. Suponiendo que hiciera con los demás lo mismo que hizo con Sampson, es decir, dar una sola piedra a cada uno de sus compañeros de expedición, resultaría que' sólo dio veinte mil libras de esas quinientas mil. Y así se comprende que saliera pobre y arruinado del país y volviese rico.

—El robo mereció la pena, Randy.

—¿Tú crees? ¿De qué le sirve ahora la riqueza a sir Everett?

Cora se mordió los labios.

—Sí, tienes razón —convino—. Si consiguió la riqueza, no la disfrutó demasiado tiempo. Pero habíamos quedado en vigilar The Black Crown —le recordó.

Morgan consultó la hora en el reloj del tablero del coche.

—¿Por qué no vas tú v me aguardas allí? —sugirió.

—¿Tienes que hacer algo? —preguntó Cora.

—Sí. He hablado con tres de los componentes de la expedición, pero aún me queda otro: Zeb Chambers. Y tengo verdadero interés en conversar con él.

* * *

La residencia de Zeb Chambers era más bien modesta, aunque estaba decorada con bastante gusto. Chambers aparentaba unos cuarenta años y su aspecto recordaba más bien a un oficinista que a un rudo explorador, que era la idea que acudía inmediatamente a la imaginación en cuanto se pensaba en la expedición realizada.

—De modo que se interesa por nuestro viaje a Keshaua, señor Morgan —dijo Chambers, mientras llenaba dos copas con parte del ambarino líquido contenido en un frasco de vidrio tallado.

—Me intereso muy particularmente porque vi la estatua de la diosa Ashaea y conozco la historia, según nos la contó el difunto sir Everett. Pero ahora me gustaría conocer su propia versión.

Chambers sonrió enigmáticamente.

—Yo no moriré de la muerte del fuego azul —dijo.

—No se lo deseo, claro está; pero ¿cómo sabe que no va a morir de esa horrible manera?

—Es muy sencillo. Aunque todavía queda uno con vida, y deseo que siga viviendo hasta llegar a centenario, el único que no quiso someterse a la ceremonia de la purificación fui yo.

—Oh... De modo que no entró en el templo de la diosa.

—Me hubiera gustado verla. Khamu-Kto nos había hablado largamente de la estatua...

—Un momento —pidió Morgan—. Ha dicho Khamu-Kto, si no he oído mal.

—Ese es el nombre que he pronunciado —corroboró Chambers—. Fue nuestro guía. Pero, por muy hermosa que fuese la estatua, yo no sentía el menor deseo de someterme a las ceremonias de la purificación. Óigame, amigo mío; en el British Museum, en el Louvre, en el Prado... hay miles de obras de arte... pero por el peor de todos los cuadros que se exponen en esos museos, por la escultura de menor valor, yo no ayunaría ni si-quiera diez minutos, cuanto más la estatua tallada por unos salvajes hace unos cientos de siglos.

—La estatua era muy artística —dijo el visitante.

—Sí, pero yo no quería sacrificarle cuarenta y ocho horas de huelga de mi estómago —rió Chambers.

—¿Aun sabiendo que había un collar...?

—Sí, lo sabía, pero también sabía que no íbamos a llevárnoslo, de modo que mientras ellos permanecían los dos días en una cabaña, aislados, sin comer ni beber, yo me dediqué a otro deporte mucho más atractivo.

—¿Cómo?

Chambers le guiñó un ojo maliciosamente.

—Encontré a una nativa verdaderamente hermosa y pasé aquellos dos días con ella en su cabaña, bien comido, bien bebido... y todo lo demás.

—¿He de suponer que no entró usted en el reparto del collar de la diosa?

—¿Qué reparto? Sir Everett se quedó la joya... En todo caso, dio unas migajas a los otros, ya sabe.

—¿Y usted no protestó?

Chambers hizo un gesto de indiferencia.

—En primer lugar, me enteré demasiado tarde. Luego... eran cuatro rifles y cuatro revólveres contra mi rifle y mi revólver. No, el dinero me atrae muchísimo, pero la vida me atrae más. A fin de cuentas, debo decir en honor a la verdad que sir Everett me pagó lo convenido, cuando me propuso unirme a la expedición.

—Me pregunto por qué necesitaba sir Everett la compañía de cuatro británicos —dijo Morgan.

—Hay una respuesta bien sencilla: todos éramos audaces v resueltos y buenos tiradores. Resultaba necesario prevenir una posible reacción hostil por parte de los nativos. Cuando se produjo, por fortuna, era demasiado tarde.

—Es curioso. Parece como si sir Everett hubiese conocido de antemano la existencia de las piedras preciosas.

—Yo también opino así, pero nunca fue muy explícito en esta parte del caso, quiero decir que no dijo cómo había conseguido saber la existencia del tesoro. Hablo ya del viaje de vuelta, porque en el dé ida no menciono

absolutamente nada sobre el particular. Lo único que dijo era que íbamos a un país desconocido, que podíamos conseguir fama... y que tenía noticias de un lugar donde había bastante oro.

—En resumen, les engañó parcialmente.

—Sí, pero el viaje resultó muy interesante y yo cobré, a la vuelta, las tres mil libras prometidas.

—¿Protestaron los otros cuando vieron que sir Everett no repartía equitativamente las joyas?

Chambers volvió a encogerse de hombros.

—No le sé, ni me interesa. Desde el primer momento, yo sabía que no iba a entrar en el reparto, y aunque me irrité, luego me dije que no podía hacer nada y que si lo intentaba, alguien me pegaría cuatro tiros. Estoy vivo y me siento muy satisfecho, señor Morgan.

—Comprendo. Una última pregunta, por favor

—Claro.

—El guía fue Khamu-Kto. ¿Dónde lo encontraron ustedes?

—A dos jornadas de Keshaua, pero no me diga cómo llegó. Un día no estaba y al siguiente ya había aparecido en el campamento. Por supuesto, no nos acompañó a la vuelta y ya no he vuelto a saber más de él.

Morgan emitió una sonrisa de circunstancias.

—Le doy las gracias, señor Chambers —dijo.

—Ha sido un placer, amigo mío —contestó Chambers.

CAPITULO IX

Cora aguardaba en The Black Crown, situada en un lugar estratégico desde el que se dominaba la entrada y la mayor parte del local. Cuando vio a Morgan exhaló un suspiro de alivio.

—Creí que no ibas a llegar nunca —dijo.

Morgan sonrió.

—Ha sido una entrevista un tanto larga. Y Chambers no vive precisamente a la vuelta de la esquina. ¿Has visto algo de particular?

—No, hasta ahora

Una camarera de senos rotundos se acercó a la mesa. Morgan pidió un café. Luego se encaró con Cora.

—Hay algo que no acaba de encajar en todo este asunto —dijo.

—¿Sí?

—Chambers se muestra indiferente con respecto a las joyas. No me parece demasiado lógico, puesto que es preciso pensar en que se trata de un asunto de mucho dinero. Pero aun admitiendo que me haya dicho la verdad, ¿por qué están muriendo los expedicionarios?

—La venganza de la diosa...

Morgan hizo un gesto negativo.

—Cuando hay medio millón en juego, una hipotética venganza de alguien con poderes ultraterrenos no es suficiente para explicar lo que sucede de una manera totalmente inteligible.

—Puede que sea así —convino la chica—. Pero hasta el momento no hemos adelantado gran cosa.

—No tenemos prisa. Hay tiempo para escribir la historia.

La camarera trajo el café. Cora dijo que iba al tocador unos momentos. Morgan hizo una seña a la camarera y ésta se volvió.

—¿Sí?

Era la misma que le había servido el día en que estaba con su amigo Sands.

—Deseo hacerle una pregunta, señorita...

—¿Aquí?

Morgan contempló el espectacular busto de la camarera. Ella sonreía de un modo que no dejaba lugar a dudas.

—Lo siento —contestó.

—Bien, hable...

—Se trata de un amigo mío. Es africano, muy alto...

—Ah, lo conozco. Hace un par de días que no lo veo. Pero puedo decirle dónde lo encontrará, si tiene interés en verle.

—Claro que tengo interés —exclamó el joven—. Dígame, por favor.

—Anote su dirección. Yo estuve en su casa. Me invitó... —Los ojos de la camarera se elevaron a las alturas—. ¡Qué hombre, qué hombre! —exclamó, casi relamiéndose—. Todo un hombre, sí, señor.

Morgan tenía ya la libreta en las manos.

—A ver, déme sus señas.

Momentos después, ponía en manos de la camarera un billete de una libra, para pagar el gasto.

—Guárdese la vuelta.

—Gracias, señor.

Cora vino a los pocos momentos. La chica se extrañó al ver que Morgan la aguardaba ya en pie, con su impermeable en las manos.

—Creí que íbamos a quedarnos aquí vigilando...

—Sé dónde vive Khamu-Kto.

Los ojos de Cora chispearon.

—Entonces, no perdamos tiempo —exclamó—. ¡Vamos allá!

* * *

Antes de tocar el timbre de la puerta, Morgan vaciló un instante, a la vez que miraba a la chica. Ella fue más resuelta y empujó con su índice el botón de llamada.

Para sorpresa de ambos, la puerta se abrió sola, en completo silencio. Pero entonces oyeron un extraño sonido.

Era la voz de un hombre que entonaba una monótona melopea. Al mismo tiempo, percibieron un olor extraño, dulzón y repelente al mismo tiempo, parecido en parte al del incienso.

Morgan y Cora avanzaron unos pasos. Al atravesar el pequeño vestíbulo, se encontraron en una sala, en donde presenciaron un fascinante espectáculo.

Había un hombre, arrodillado, sentado sobre sus talones, completamente desnudo, con las manos sobre las rodillas, frente a un pedestal cilíndrico, de un metro de altura, sobre el que había una diminuta estatua de color oscuro. Pasmado de asombro, Morgan vio que era una reproducción de Ashaea.

A ambos lados de la columna, había, en el suelo, sendos cuencos, en los que ardía la misteriosa sustancia que producía aquel olor embriagador. Dos columnitas de humo azulado subían lentamente a lo alto.

Cora se quedó igualmente estupefacta. De súbito, el hombre se irguió parcialmente, aunque sin levantar las rodillas del suelo, y extendió los brazos, a la vez que clamaba con voz poderosa:

—¡Castígalo, Ashaea, castiga al insolente! ¡Llévalo a las regiones en donde debe arder para siempre! ¡Sumérgelo en tu fuego inextinguible! ¡Quémalo, quémalo...!

Cora se sintió horrorizada al escuchar aquellas palabras. Parecían un conjuro maléfico lanzado contra una persona a la que Khamu-Kto odiaba con todo el poder de su mente. ¿A quién quería matar el africano?

De repente, Khamu-Kto pareció darse cuenta de que no estaba solo y se levantó de un salto, a la vez que alargaba la mano hacia una tela multicolor que yacía en el suelo, junto a él. Se envolvió la cintura con la tela y giró

lentamente, para enfrentarse con la pareja.

Los dientes del africano brillaron cuando sus labios se entreabrieron en una sonrisa de superioridad.

—Han oído mi petición a Ashaea —dijo.

—Sí... —Morgan tragó saliva—. Pero ¿a quién desea usted la muerte?

—Compren mañana los periódicos y lo sabrán —respondió Khamu-Kto.

Morgan frunció el ceño.

—Empiezo a imaginarme su nombre —dijo—. ¿Desea su muerte por haber robado el collar de la diosa?

—¿Puede entenderse de otra forma?

—Si es así, se trata de un asesinato...

Khamu-Kto rió estremecedoramente.

—Estoy aquí, con ustedes... ¿Quién puede probar que yo he tenido la menor intervención en la muerte del hombre que osó robar el collar?

—Hay muchas maneras de preparar un asesinato, de forma tal que la víctima muera cuando el asesino esté lejos y en «suficiente» compañía como para no ser acusado del crimen —dijo Morgan.

—Oh, sí, claro, pero eso que usted dice puede hacerse sólo cuando se emplean armas o procedimientos propios de los hombres blancos. Si yo hubiera puesto veneno en alguna botella o armado una trampa explosiva... Pero no he hecho nada de eso y ustedes lo saben muy bien.

Cora se inclinó súbitamente hacia el africano.

—Khamu-Kto, dígame: lo que hace usted, ¿lo hace sinceramente por ejecutar la venganza de la diosa... o se ha dejado corromper por nuestra civilización y trata de encontrar el collar robado del que, dicho sea de paso, hasta ahora no ha aparecido más que una sola esmeralda?

El torso del africano se hinchó de tal modo que parecía iba a estallar. Morgan sintió miedo.

—Salgan —ordenó—. Salgan antes de que me arrepienta de haberles dejado entrar en mi casa. Sé que ustedes obran honestamente, puesto que no pretenden apoderarse de las joyas, y ello me obliga a no causarles ningún daño. Aunque les amenacé, para que dejasen de investigar, no me han hecho caso y yo he soportado su intromisión pacientemente. Pero mi paciencia puede acabarse, ¿lo entienden?

Morgan asintió.

—Mañana leeremos los periódicos —dijo.

Tiró de la muchacha y se encaminó hacia la puerta. Pero antes de salir, tuvo un arranque de orgullo nacional:

—Khamu-Kto, no olvide usted que estamos en Inglaterra y que los jueces, aquí, son muy severos con los que quitan la vida a sus semejantes, cualquiera que sea el procedimiento que se emplee —exclamó como despedida.

La respuesta de Khamu-Kto fue una tableteante carcajada de burla.

Cora sintió frío hasta en el tuétano de sus huesos.

Cuando estuvieron en la calle, se volvió hacia su acompañante.

—Randy, hay un modo de comprobar si lo que ha dicho Khamu-Kto es cierto —manifestó—. Hemos de descartar a Chambers, puesto que él no participó en el robo. Por tanto, sólo queda Compton.

Morgan entornó los ojos.

—Quieres decir que debemos llamarle por teléfono.

—Sí.

—Está bien. Ahí veo una cabina...

Entraron los dos. Morgan consultó su agenda de notas. Luego introdujo una moneda y marcó un número.

La señal de llamada se produjo al otro lado de la línea. Pero no contestó nadie.

Morgan colgó el teléfono al cabo de un par de minutos de espera.

—Puede que Khamu-Kto haya dicho la verdad —murmuró sombríamente —. A estas horas, Compton, quizá esté...

Cora agarró al joven por una mano y tiró de él.

—¡Vamos a comprobarlo! —exclamó vivamente.

* * *

El índice de Morgan presionó una y otra vez el pulsador de llamada, casi con furia. Pero nadie respondía a las llamadas.

—Voy a tener que echar la puerta abajo —masculló.

Y apenas había pronunciado estas palabras, se abrió la puerta. Cora lanzó un grito.

—¡Está vivo!

Compton miró sucesivamente a los dos jóvenes.

—Vivo y maldiciéndoles a ustedes por su inoportunidad —dijo de mal talante—. ¿Qué diablos quieren? ¿Por qué vienen a molestarme a estas horas?

—Pero si sólo son las seis de la tarde... —murmuró ella débilmente.

—Para mí, su visita es harto intempestiva. ¿Es que no pueden dejarme en paz?

—Hemos llamado por teléfono... —dijo Morgan.

—Ah, eran ustedes. Bien, sí, oí el timbre, pero no quise contestar. Y ahora dispensen, pero no puedo recibirles —contestó Compton con glacial acento.

Morgan se dio cuenta de que el individuo llevaba puesta una bata, posiblemente su única indumentaria en aquellos momentos.

—Creo que sí, hemos llegado muy inoportunamente —dijo—, Pero es que temíamos le hubiera sucedido algo...

—Como, por ejemplo, morir abrasado, como han muerto otros, ¿no es verdad? —respondió Compton burlonamente.

—Si hemos de serle sinceros, si.

—No teman, a mí no me sucederá nada de eso. ¡Adiós!

La puerta se cerró de golpe. Morgan levantó la mano para llamar de nuevo, pero no llegó a completar el gesto.

—Parece que no tiene muchas ganas de visitas —suspiró Cora.

—Salta a la vista —gruñó Morgan.

—¿Por qué, Randy?

—Chica, usa la imaginación —dijo Morgan ásperamente—. Compton está en buena compañía y no quiere que se le moleste.

—Oh... ¿Con ese aspecto de simio?

—Quizá ese mismo aspecto resulta sumamente atractivo a los ojos de algunas mujeres. Algunos tipos resultan muy seductores para las mujeres, cuanto más feos son.

Cora acanutó los labios en un gesto de desprecio.

—A mí no me conquistaría ese gorila...

Súbitamente, se oyó un terrible alarido al otro lado de la puerta. Cora sintió que se le helaba la sangre en las venas.

El grito se repitió, mezclado con unos sonidos roncos, que no tenían nada de humanos. Cora, aterrada retrocedió, hasta la otra pared del pasillo.

Algunos de los gritos salían de la garganta de una mujer, pero cesaron instantáneamente. De súbito, la puerta se abrió y una horrible figura, envuelta en fuego azul, apareció ante la vista de los dos jóvenes.

Cora lanzó un chillido de terror. El aspecto de Compton, ardiendo como una antorcha, aunque con llamas no demasiado grandes, era horripilante.

Compton dijo algo, pero no pudieron entenderle. Las palabras parecían explotar en su boca. En el cráneo ya no quedaba un solo cabello.

Bruscamente, Compton se vino abajo y quedó atravesado sobre el corredor, consumiéndose lentamente, mientras que en la atmósfera se expandía un nauseabundo olor de carne quemada. Al otro lado de la puerta se veía el cuerpo semidesnudo de una mujer, también caída en el suelo. Morgan juzgó que la invitada de Compton se había desmayado de miedo.

Algunas puertas se abrieron y empezaron a sonar gritos de horror. Estremecido, Morgan pensó que el conjuro de Khamu-Kto había tenido una trágica realidad.

Los cuatro ladrones del collar de la diosa Ashaea habían muerto ya.

El sargento detective Ray Anstrum, de Scotland Yard, miró sucesivamente a las dos personas que tenía sentadas frente a su mesa de trabajo.

—Les agradezco infinitamente la información que me han facilitado aunque estime fantásticos algunos de los puntos que me han expuesto —dijo —. No niego que el origen de estos sucesos está en la expedición realizada por sir Everett Fyfe, pero, por suerte o por desgracia, según quieran calificarlo, la explicación de estas muertes es un poco más sencilla de lo que ustedes pretenden. Si hay algo de magia, reside en el veneno que provocó el incendio, digámoslo así, de los cuerpos humanos.

—Un veneno —exclamó Morgan estupefacto.

—Efectivamente. En los cuatro casos, las víctimas bebieron de una misma marca de whisky, de sendas botellas que alguien les envió como obsequio. —Anstrum sonrió—. En Scotland Yard no estamos parados, créame.

Morgan frunció el ceño.

—Una botella de whisky... Ahora recuerdo; cuando yo visité a Cove, había delante de su puerta un paquete. Parecía contener una botella de licor, que alguien hubiera dejado para él, y yo se la entregué... Cove sacó la botella del estuche y quiso invitarme, pero yo no tenías ganas de beber...

De pronto, sintió un escalofrío.

—¡Cielos! Si hubiera bebido, también estaría muerto ahora —exclamó.

—El problema estriba en analizar el veneno que provoca la combustión de las células del cuerpo humano —dijo el sargento Morgan—. En esto sí debemos admitir ciertos misterios de las drogas exóticas, aunque nuestros científicos están trabajando ya en los análisis pertinentes. Por lo demás, las cuatro muertes misteriosas no son sino asesinatos.

Cora se inclinó hacia adelante.

—Estarán buscando al asesino, supongo —dijo.

—Claro —sonrió Anstrum.

—Nosotros sabemos quién es.

—¿Ah, sí?

—Se llama Khamu-Kto y podemos darle su dirección, si así lo desea.

Anstrum seguía sonriendo.

—Mi apreciada señorita Pallisse, hemos ido a buscar al señor Khamu-Kto y ya no está en su domicilio —manifestó.

—¡Ha desaparecido! —exclamó Morgan.

—Como si se lo hubiese tragado la tierra.

—Pero ¿pueden acusarle de esos asesinatos?

—Al menos, queremos interrogarle. Después... formularemos una acusación, si consideramos que hay base suficiente para ello, o lo dejaremos ir libre.

—¡El asesinó a Compton! —dijo Cora excitadamente—. Nos lo anunció... bueno, quiero decir que predijo que alguien iba a morir... Pero ya sólo quedaba Compton y la predicción de Khamu-Kto se hizo realidad.

—Sir Everett y tres de sus cuatro compañeros robaron un valioso collar en un país africano —manifestó Morgan—. ¿No sería eso base suficiente para una acusación?

—Conocemos la historia del collar, pero, por desgracia, ningún gobierno africano ha solicitado oficialmente su devolución. Por tanto, no podemos intervenir en ese delito. Nosotros vamos a perseguir los cuatro asesinatos, es todo lo que podemos hacer.

—Si pueden hacer algo —dijo Cora, escéptica.

—Al menos, lo intentaremos. —Anstrum hizo un gesto con las manos—. Ya ven que no estamos quietos.

—Pero no han podido impedir cuatro muertes...

—El asesino es muy listo y nosotros somos solamente hombres, no dioses —se defendió el sargento—. Por otra parte, sólo se nos ocurrió la posibilidad del veneno en el whisky después del último asesinato. Entonces fue cuando

investigamos y vimos que había un factor común en las cuatro muertes. Aparte de las piedras robadas, claro.

—A propósito de las piedras preciosas —dijo Morgan—. ¿Las han encontrado? ¿Tienen alguna pista sobre el particular?

Anstrum hizo un gesto negativo.

—Lo siento —contestó.

—Nosotros localizamos una esmeralda. ¿Han hablado ustedes con Bart Parry?

—En efecto, pero no hemos conseguido gran cosa. La historia que nos contó parecía demasiado fantástica, aunque estimamos que el africano que le visitó pudo hipnotizarle.

—Khamu-Kto hace cosas que son absolutamente reales, por fantástico que nos pueda parecer —aseguró Morgan.

En aquel momento, entró un agente en el despacho, con una carpeta en las manos.

—Sargento, temo que habrá de cerrar el expediente de Robert McDryden —dijo, después de excusarse por la interrupción.

—Sigue sin aparecer, ¿eh, Andy? —murmuró Anstrum.

—No hay absolutamente el menor rastro, señor.

—Está bien, gracias.

El agente se retiró. Anstrum dejó la carpeta a un lado v miró sonriente a la pareja.

—Se trata de un actor mediocre que ha desaparecido —dijo—. Como persona, debo lamentarlo; como actor, francamente, el teatro inglés no ha perdido absolutamente nada.

Morgan emitió una sonrisa de circunstancias.

—Sargento, ha sido usted muy amable al recibirnos —declaro.

—Les agradezco infinito los informes —dijo Anstrum.

CAPITULO X

Cora preparó el café y llenó las dos tazas. Sentado en un diván, Morgan aparecía profundamente pensativo.

—Todo sigue siendo un enigma —dijo ella.

—Un enigma, relativo. Ahora ya sabemos que el famoso conjuro tiene mucho que ver con un veneno africano.

—Dios mío, ¿qué clase de sustancia debe de ser, para hacer arder a las personas? —Se estremeció la chica—. Y aunque cuatro hombres robasen unas joyas, ¿no te parece que el castigo o venganza, como quieras llamarlo, resulta excesivo?

—Piensa en su mentalidad. Su idiosincrasia es muy distinta de la nuestra. Para Khamu-Kto, los ladrones cometieron un sacrilegio.

—Y es un pecado que no merece perdón.

—Ya has tenido ocasión de comprobarlo.

—Por desgracia, lo he visto en dos ocasiones. —Cora se estremeció—. Creo que voy a soñar todos los días de mi vida, cada vez que me vaya a la cama, con esas horribles escenas... los hombres que se consumen vivos...

Morgan apuró el café y se puso en pie.

—Te aconsejo tomes un sedante esta noche —dijo—. Acabarás por olvidarlo, ya lo verás.

Cora sonrió tristemente.

—De todos modos, me costará mucho —aseguró—. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Hablamos de investigar en el pub. Iré a ver si consigo algo.

—Llámame en cuanto puedas, Randy.

—Descuida.

Morgan llegó a la puerta, pero, antes de abrir, se volvió hacia la chica.

—Cora, hay algo que todavía no hemos discutido.

—¿Sí?

—El collar. Si había unas cien piedras y sir Everett dio cuatro, quedan noventa y seis. ¿Dónde está ese montón de piedras preciosas?

Ella frunció el ceño un instante.

—Quizá las escondió sir Everett...

—Todas, no; debió de vender algunas. O no habría vuelto a su antigua prosperidad.

—Con una docena que vendiese, podía haber salido de apuros durante una buena temporada, ¿no crees?

Morgan asintió.

—Será cosa de empezar a pensar dónde pueden estar esas piedras preciosas —dijo.

—Desde luego, pero, ¿qué harías si las encontrases?

—Devolverlas, por supuesto.

—Sí, pero, ¿a quién? ¿A Khamu-Kto?

El joven se quedó momentáneamente desconcertado. Luego pensó en Ashiea. ¿Era la hermosa africana la propietaria de las piedras?

—Bueno... creo que encontrándolas, tendríamos la solución, ¿no te parece? Y hasta puede que empezase a pensar en un viaje a Keshaua, para devolver el collar a su dueña.

—¿La diosa?

—Sí.

Cora sonrió.

—El viaje costaría muchísimo dinero —objetó.

—Pero merecería la pena, ¿no crees?

—Oh, desde luego... Y escribirías un libro...

—Es posible. Buenas noches. Cora.

—Buenas noches, Randy.

* * *

La camarera salía del pub, cuando Morgan se disponía a entrar. En el primer momento, Morgan no supo reconocerla.

—Eh —dijo ella—. ¿Pasas de largo?

Morgan la miró fijamente. La camarera tenía limpio el rostro y vestía discretamente.

—Pareces otra —sonrió.

—Soy la misma —contestó ella—. Mi nombre es Mildred.

—¿Casada?

—No.

Morgan se apoderó en el acto del brazo de la joven,

—Llámame Randy —invitó.

—Encantada, Randy. ¿Adónde vamos?

—A tu casa, si no tienes inconveniente.

—Ninguno —rió Mildred.

El apartamento de Mildred no estaba demasiado lejos, por lo que hicieron el camino a pie, charlando de temas sin trascendencia. No obstante, cuando ella insertaba ya la llave e la cerradura, se volvió hacia su acompañante y le dirigió una mirada inquisitiva.

—Randy, sospecho que tú buscas algo más que un rato de diversión —dijo.

—Todo se puede compaginar, me parece.

—Sí, es cierto.

Entraron en la casa, Mildred se quitó el impermeable y agitó los pies sucesivamente, lanzando al aire los zapatos. Con la mano señaló una consola.

—Ahí tienes bebida —dijo—. Volveré pronto.

Morgan llenó dos vasos. Luego encendió un cigarrillo para entretener la espera. Mildred volvió minutos más tarde, ataviada con una bata acolchada y

la sonrisa en los labios.

—Empieza a preguntar —dijo.

Morgan le entregó un vaso.

—Se trata del africano cuya dirección me diste hace días.

—Ah, sí... ¿Qué sucede con él?

—A ti te gustó, me parece.

—Bueno, al menos en un aspecto, es todo un hombre. Muy, muy varonil. Y cuando tropiezo con un hombre así, el color de su piel no me importa. No soy remilgada en este aspecto, ¿sabes?

—Te felicito. Pero, dime, ¿es cliente habitual del pub?

—Ha ido en algunas ocasiones.

—¿Tiene amigos? Me refiero a clientes del local.

—En todo caso, son amigos ocasionales. No creo que tenga ninguno de confianza. Quizá acude, allí porque su casa no está demasiado lejos y es uno de los mejores locales del barrio. Aparte de que hay muchos atractivos... —Mildred entornó los ojos—. ¿No opinas así?

—Desde luego, hay muchos atractivos y tú eres el principal. Pero dime otra cosa, por favor. Esa chica africana...

—Ah, la princesa.

—¿ Princesa?

—Lo dijo no sé quién... Claro que si es cierto, se trata de una princesa africana... Pero no suele acudir mucho por aquel lugar... Hace algún tiempo, la vi bastante con un tipo llamado McDryden. Es actor de teatro, aunque ahora lleva días sin aparecer por el pub.

—Has dicho McDryden.

—Sí, ¿lo conoces?

Morgan pensó de inmediato en lo que había oído en el despacho del sargento Anstrum.

—Sé que en Scotland Yard lo consideran desaparecido —murmuró.

—Oh... Ahora se explica... Estaba arruinado y hasta debía en el mostrador, pero, repentinamente, canceló sus deudas y dio una propina. Luego me invitó a pasar la noche en su casa. No quise ir, no era tipo de mi gusto. Cuando voy con un hombre, lo hago porque me agrada, ¿entiendes?

—Sí, pero, ¿qué había en McDryden que no te gustaba?

Mildred torció el gesto.

—Hay cosas que no se pueden definir... A veces, una persona se te hace antipática porque sí. Aparte de eso, McDryden tenía demasiados años, casi cincuenta... Es alto, grueso, sanguíneo... Un tipo desagradable, repelente, créeme. Pero ¿por qué tenemos que seguir hablando de él?

—Hablábamos de la princesa. ¿Era amigo de McDryden?

—La vi hablando con él en un par- de ocasiones, es todo lo que puedo decirte. Y no sé dónde vive.

—Muy bien, creo que ya se acabó la conversación.

—¿Es que piensas marcharte? —preguntó ella, alarmada.

—Mujer...
—Randy, estás aquí porque me gustas.
—Oh...
Mildred se desabrochó la bata.
—En el pub no has visto todo lo que desearían ver muchos —sonrió.
Morgan apreció la falta de otras prendas debajo de la bata. Sí, realmente, Mildred era una mujer con numerosos encantos.
Avanzó hacia ella. Incluso alargó sus manos para rodear el cálido talle femenino. Pero, de pronto, en lugar del rostro de Mildred vio el de Ashiea y dejó de sonreír.
Mildred vio el cambio de expresión y se puso seria.
—¿Qué te pasa? —preguntó.
Morgan no contestó. Retrocedió.
La cara de Ashiea había desaparecido, pero en aquel momento supo que no podría hacer nada.
—Dispénsame... —murmuró.
No se sentía avergonzado ni tampoco le importaba que Mildred pensara mal de él. Pero el hecho le hizo sentirse terriblemente conturbado.
¿Se había enamorado de Ashiea?
Si era así, ¿se trataba de un amor imposible?
Huyó. Mildred le apostrofó crudamente, pero él no oyó ninguna de las palabrotas que le dirigía la defraudada camarera.
—Ashiea, Ashiea... ¿Dónde estás? —murmuró, cuando ya llegaba a la calle.
—He estado en The Black Crown —dijo Cora por teléfono al día siguiente.
—¿Cuándo? —preguntó él.
—Esta mañana. He conseguido averiguar algo muy interesante, Randy ¿Te acuerdas del actor desaparecido?
—¿Robert McDryden?
—El mismo. Era muy amigo de tu belleza africana.
—Eso ya lo sé yo, preciosa —contestó Morgan displicente.
—Pero quizá no sabes todo lo que yo he conseguido averiguar
—Un momento. ¿Con quién has estado hablando en el pub?
—Con el jefe de todo el servicio. Era también amigo de McDryden y se siente muy preocupado por su desaparición. Dice que su amigo no solía faltar más de uno o dos días.
—Eso puede ser un indicio, ¿no? Pero ¿de qué?
—Aguarda un segundo. Todavía no he acabado. Después de hablar con el jefe de personal, he ido a visitar a la hermana de McDryden. Me pareció conveniente.
—Sí, has hecho bien.
—La hermana de McDryden se llama Sally y es una mujer muy amable y simpática. Dice que no sabe nada de él desde hace bastantes días y que por

eso denunció su desaparición a la Policía. Pero también me ha contado algo muy extraño. Verás, Sally dice que hará cosa de mes y medio, aproximadamente, fue a visitar a su hermano... Hay una pequeña herencia de por medio, de una tía que falleció hace poco, unos cientos de libras solamente, no te vayas a creer... Bien, Sally llegó al apartamento donde vivía su hermano y encontró a un hombre extraordinariamente parecido, tanto que, en el primer momento, creyó que era Robert. Luego, su hermano salió y ella comprendió la confusión. El otro se marchó y los hermanos quedaron a solas. Sally quiso saber qué hacía aquel hombre en la casa y Robert le contestó que estaban tratando de negocios y que iba a ganarse una fortunita, de modo que podía quedarse con la herencia íntegra. A Sally le pareció un tanto sospechoso, aunque, bien mirado, no daba la sensación de tratarse de un asunto ilegal. Ella es viuda y sus finanzas no son demasiado boyantes, de modo que la herencia le ha venido muy bien. Pero después ha recelado que la desaparición de su hermano tiene algo que ver con el desconocido que tanto se le parecía.

—¿Lo crees así?

—Estoy firmemente convencida de que el desconocido era sir Everett.

—Sí, pero ¿qué tenía que hacer éste en casa de McDryden?

—¿Viste tú a sir Everett?

—Sí.

—¿Qué aspecto tenía?

—Bueno, alto, fornido, sanguíneo... ¡Diablos, parece que esté describiendo a McDryden!

—Exactamente, Randy —corroboró Cora con una risita.

—Pero sir Everett llevaba un mostacho de granadero de la guardia. Y el pelo ya le clareaba en las sienes... Además, yo le oí hablar y contaba los detalles de su expedición con absoluta seguridad...

—Randy, McDryden era actor de teatro. No de los buenos, pero con la suficiente experiencia para, debidamente instruido, hacerse pasar por sir Everett —afirmó la chica.

—¿Con qué objeto, Cora?

—¿No lo comprendes?

Morgan guardó silencio un instante.

—¿Randy? —llamó Cora.

—Todavía no he colgado, preciosa. Pensaba...

—¿En qué?

—Vamos a almorzar juntos y te haré una proposición. ¿Sabes?, se me ha ocurrido una idea y puede que sepa ya dónde están las piedras preciosas.

—¡Randy! ¡Eso sería magnífico!

—Si acierto, lo será, no te quepa la menor duda. Oye, no te muevas de casa; pasaré a recogerte dentro de media hora.

—Conforme.

CAPITULO XI

El coche se detuvo frente a la verja que cerraba el acceso al parque de Hasseldane Manor. Morgan y Cora contemplaron la casa que se veía al fondo, silenciosa y solitaria y con todas las ventanas cerradas. Ambos sabían que, después de la horrible muerte de su dueño, la residencia había sido desalojada de la servidumbre y ahora no vivía en ella ninguna persona.

Al cabo de unos segundos, Morgan se apeó y caminó hacia la verja. Asió dos barrotes con las manos, empujó un poco y sonrió al ver que la verja no estaba cerrada con llave.

—Vamos —dijo.

Cora se sintió aprensiva.

—Parece una casa habitada por fantasmas —musitó.

—Ahora no vive nadie —aseguró él, a la vez que iniciaba la marcha por el sendero central.

Cora no quiso quedarse rezagada y se unió al joven. Al cabo de unos momentos llegaron a la puerta principal. Morgan tanteó la cerradura.

La puerta se componía de dos hojas, de roble, con cuarterones y huecos protegidos por una artística rejería. Morgan hizo un ligero esfuerzo y una de las hojas giró sin dificultad.

De pronto. Cora agarró el brazo del joven con mano temblorosa.

—:Randy, esto no me gusta —dijo—. Parece como si estuvieran aguardándonos...

—En tal caso, ¿qué podrían hacernos? ¿Acusamos de violación de domicilio? Me parece que esos posibles acusadores tienen la conciencia mucho menos limpia que nosotros y, en el peor de los casos, callarían por la cuenta que les tiene. Anda, vamos de una vez.

Morgan cruzó el umbral y tanteó en busca del interruptor. Una gran lámpara se encendió poco después.

El silencio era absoluto. Todo aparecía en perfecto orden.

—Como puedes apreciar, no hay nadie —sonrió él—. ¿Quieres ver el lugar donde sir Everett hizo su exhibición de la estatua?

—Bu... bueno... —contestó Cora, no muy convencida. Cada vez sentía más aprensiones. Tenía la sensación de que, pese a la aparente tranquilidad, no estaban solos en la casa. En alguna parte, se dijo, había un par de ojos que no perdían uno sólo de sus movimientos.

Morgan conocía la casa de su estancia anterior y se dirigió sin vacilaciones al salón donde había visto la estatua. Sí, la pieza se hallaba tal como él la había visto, excepto que la estatua ya no se encontraba sobre el pedestal.

En el suelo de madera brillante, se veía una mancha negra, con unos contornos inconfundibles. Al ver la silueta humana, dibujada en negro, Cora sintió un helado escalofrío.

—Aquí fue...

—Sí —contestó él.

Tenía los ojos fijos en el pedestal, de negra piedra volcánica, perfectamente alisada. Al menos, aparentaba tener ese origen, pensó. Podía tratarse de una imitación.

Avanzó hacia el pedestal y se inclinó, asiéndolo por dos de sus lados pata levantarlo. Pero, a pesar de sus esfuerzos, no consiguió moverlo un solo milímetro.

—¿Qué haces? —preguntó la chica.

Morgan golpeó la lisa superficie con los nudillos. Hizo una mueca de decepción.

—Creí que el pedestal estaría hueco —respondió.

—¿Qué te hizo pensar eso?

—Fue una corazonada... pero no ha pasado de ser una idea que no ha tenido resultado.

—Entonces, ¿no tienes idea de dónde pueden estar las joyas?

—A decir verdad, no. Pero estamos solos en la casa. Podemos perder algunas horas buscando, ¿verdad?

Cora empezaba a sentirse mejor.

—Aquí debe de haber una biblioteca, un cuarto de trabajo...

—Sí, aquella puerta —indicó él—. Yo iré al piso superior. Nos reuniremos dentro de una hora. Si ves algo extraño, grita.

—De acuerdo.

Morgan salió al vestíbulo v buscó la escalera que conducía al piso superior. Las habitaciones, dormitorios y baños, estaban tan bien ordenadas como el resto de las estancias. Abrió cajones de armarios y consolas y no encontró el menor rastro de las joyas.

El dormitorio principal era una enorme pieza, en la que se veía un gran lecho con dosel, sostenido por columnas salomónicas. En uno de los ángulos, había un pequeño escritorio. Morgan se acercó a la mesa y abrió sucesivamente todos los cajones, tanteándolos con cuidado, en busca de un falso fondo.

Se mordió los labios. La idea que había tenido en un principio —las joyas en un pedestal hueco— no había dado resultado. Tenía el presentimiento de que aquella fabulosa colección de piedras preciosas se hallaba todavía en el país. Alguien quería dejar pasar el tiempo suficiente para que aquellos horribles sucesos se olvidaran. Entonces, recobraría las joyas, las vendería y...

De repente, sintió una presencia extraña. En una fracción de segundo advirtió que no estaba solo.

No se había producido el menor sonido y, sin embargo, había alguien en el dormitorio. Tal vez un hombre con un arma...

Lentamente, empezó a volverse. De pronto, un grito ahogado brotó de sus labios:

—¡Ashiea!

* * *

La hermosa africana estaba allí, frente a él, a cuatro pasos de distancia, cubierto el bellísimo cuerpo con una larga túnica blanca, cerrada de cuello y mangas y con los bordes adornados por una extraña greca de exóticos dibujos en rojo, verde y negro. En sus labios había una tenue sonrisa, que la hacía aún más atractiva.

Morgan extendió los brazos.

—Ashiea —repitió.

Ella continuó inmóvil. Morgan dio un paso, dos...

—Háblame, dime algo —pidió.

—Estás buscando las joyas —dijo ella.

—Sí, pero no me importan en absoluto.

—Me parece muy extraño. Esas piedras preciosas son muy atractivas para los hombres blancos.

—El mayor tesoro de! mundo no vale lo que tú —exclamó el joven ardientemente—. A decir verdad, ahora te he encontrado y eso es lo que importa. Te amo, Ashiea.

Ella parecía sentirse muy halagada.

—Es un amor imposible —contestó.

—¡No, no! Podemos vivir unidos siempre, felices eternamente... —Morgan alargó los brazos y asió con fuerza las manos de la joven—. No tengo nada que ofrecerte, excepto mi amor...

—Randy, creo que estás en un terrible error. Yo no soy una mujer mortal.

—¿Qué? Oh, pero eso es absurdo... Tengo tus manos en las mías, estoy sintiendo el calor de tu piel... percibo tu aliento... veo brillar tus ojos y tus labios sonrientes y veo que respiras... ¿Cómo puedes decir una cosa semejante?

—Quizá algún día lo sepas. Ahora... Has venido a buscar las joyas, ¿no es así?

Morgan asintió.

—Pero no las quiero. Lo único que deseaba era encontrarlas, porque sabía que un día podría devolvértelas. Son tuyas, pertenecen al pueblo de Keshaua.

Una dulce, pero también enigmática sonrisa se formó en los labios de Ashiea.

—Yo querría darte algo que no olvidases jamás, pero...

Lentamente, elevó sus brazos y rodeó el cuello del joven. Morgan emitió un pequeño grito y la abrazó apasionadamente. Las bocas de la pareja se confundieron en un cálido beso. Morgan se sintió envuelto en un atronador vértigo de pasión y durante unos momentos no hubo nada para él que no fuese la hermosa mujer que tenía en sus brazos.

De pronto, recordó algo y se separó un poco, aunque sin soltarse del todo.

—Me citaste en una casa —dijo—. Resultó estar abandonada.

—Sí —sonrió Ashiea.

—Entonces, me hipnotizaste.

Ella no contestó, pero su sonrisa era una respuesta afirmativa inconfundible.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Quería probarte.

—¿Probarme?

—Sí. Quería saber si eras sincero.

—Pero... todo lo que sucedió...

La expresión de Ashiea era altamente enigmática. Morgan se sentía desconcertado. ¿Había amado a aquella hermosa mujer o se había tratado de un sueño infiltrado en su mente por su poder hipnótico?

Pero ahora la tenía junto a sí y no pensaba soltarla.

—Ven, ven... —musitó ardorosamente.

De nuevo rodeó su cintura con los brazos. Al mismo tiempo, hundía su mirada en las verdes pupilas de Ashiea.

De pronto, aquellas pupilas se hicieron enormes, dos puertas de purísimo color esmeralda. Morgan creyó que se sumergía en un extraño mar, en el que reinaba un silencio atronador.

Bruscamente, volvió a la vida. Entonces vio que Ashiea se había separado de él y que se hallaba junto a la puerta.

—La hora ha llegado —dijo Ashiea.

Estupefacto, convertido en un autómata, Morgan fue una vez más hacia ella. Ashiea abrió la puerta pero, de súbito, se perdió de vista.

Desapareció.

Morgan saltó hacia adelante.

—¡Ashiea!

El grito se multiplicó en decenas de ecos que rebotaban por todas las paredes de la mansión.

—Ashiea... Ashiea... Ashiea...

Pero nadie contestó a sus frenéticas llamadas.

* * *

De repente, Cora abrió lo que parecía la puerta de un armario y vio algo que la hizo lanzar un chillido de espanto.

Sin embargo, se recobró muy pronto. Aquel montón de fragmentos de piedra negruzca que yacían en el suelo del cuartito... Vio un trozo de cara, parte de una mano, un seno agrietado, una rodilla...

Ya no le cabía la menor duda: estaba en presencia de la estatua de Ashaea, destrozada a martillazos por algún demente. Pero ¿quién había cometido semejante salvajada?

En aquel momento, oyó la voz de Morgan que gritaba desesperadamente en algún lugar de la casa. Asustada, Cora abandonó la biblioteca y corrió hacia el vestíbulo.

—¡Randy! —llamó.

El joven apareció en lo alto de la escalera. Cora le vio pálido, desencajado, con los ojos fuera de las órbitas.

—He estado con ella —dijo Morgan.

—¿Ella?

—Ashiea.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé... Estábamos juntos... y desapareció... —Morgan hablaba mientras descendía la escalera. Se pasó una mano por la frente—. Dijo... Cada vez lo entiendo menos... —se quejó.

Cora le miraba con infinita curiosidad. ¿Qué extraña visión había contemplado Randy?, se preguntó.

De pronto, se oyó el ruido de un coche que se detenía ante la puerta de la casa. Morgan reaccionó y corrió hacia la chica, situándose ambos junto a la entrada.

Se oyó ruido de pasos. La puerta se abrió. Un hombre entró con paso vivo, encaminándose directamente hacia la sala donde había tenido lugar la exhibición de la estatua de Ashaea.

Cora se puso una mano en la boca para no gritar.

—Sir Everett... —musitó.

Morgan asintió.

—El que murió era Robert McDryden —dijo a media voz—. Sir Everett se sentía amenazado de muerte y contrató a aquel desgraciado, para que ocupase su puesto durante alguna temporada.

—Y así pensaba engañar a Khamu-Kto.

—Exactamente. ¡Ven!

Morgan agarró la mano de Cora y tiró de ella. La puerta de la sala había quedado entreabierta. Los dos pudieron ver a sir Everett en pie junto a la chimenea, ahora apagada, con las dos manos en la historiada repisa, adornada con grandes rosetones de piedra.

Sir Everett apretó con ambas manos en una de las esquinas. Parte de la repisa cedió, girando hacia abajo. Morgan divisó algo que brillaba fosforescentemente, con todos los colores del arco iris.

Cora se mareó. Nunca hubiera creído poder ver un día semejante montón de piedras preciosas.

Sir Everett había llevado a prevención un saquete de fina tela, en el que empezó a echar las gemas. Mientras lo hacía, sonreía con inmensa satisfacción.

De súbito, Morgan vio algo que le dejó estupefacto.

Ashaea, en su esplendente desnudez, estaba de nuevo sobre el pedestal.

CAPITULO XII

Sir Everett no se había dado cuenta todavía de la presencia de la diosa. Continuaba absorto en su labor, ajeno por completo a cuanto le rodeaba. Para Morgan, era evidente que el individuo pensaba abandonar el país, llevándose consigo las joyas. Iría, se dijo, a algún lugar donde no pudiera ser hallado...

De repente, volvió la cabeza. Un relámpago de cólera hizo centellear sus pupilas.

—¿Qué hacen aquí? —gritó. Pero, de repente, metió la mano en uno de los bolsillos del impermeable que llevaba puesto y sacó un revólver—. Entren, entren —dijo sardónicamente.

Morgan agarró el brazo de la chica y la empujó con suavidad.

—No temas —dijo—. ¿Piensa marcharse del país, sir Everett? —preguntó.

—Exactamente —contestó el interpelado—. Pero no me pregunten adónde pienso ir, porque no se lo diré. Vamos, pónganse junto a aquella pared y no se muevan. Dispararé sin vacilar, si hacen un gesto hostil, ¿lo han entendido?

—Desde luego. Pero, ¿cree que la Policía le dejará marcharse?

—¿Qué pueden hacerme? —respondió Fyfe despectivamente—. Yo no he matado a nadie... Todas las muertes han sido cometidas por ese brujo africano...

—Pueden acusarle de la muerte de Robert McDryden.

—Ah, lo sabe ya... Bueno, yo le contraté para que tomase mi puesto. Si murió, la culpa no es mía.

—Usted sabía que iba a morir, de modo que esa disculpa no es válida.

—Lo es ante la ley, amiguito. Yo puedo declarar, en el peor de los casos, que estaba harto de periodistas y que quería pasar una temporada de tranquilidad. El culpable, de todo esto, es Khamu-Kto.

—¿Qué me dice de las joyas? Entraron ilegalmente en el país.

—Y saldrán de la misma forma. Tengo un avión y un piloto contratados y me esperan donde… bueno, no tengo por qué decirlo. Cuando aterrice, habré cambiado de aspecto y de identidad y desapareceré para siempre.

—Y Khamu-Kto no le encontrará jamás.

Sir Everett sonrió con aire displicente.

—Sus poderes tienen un límite —contestó.

—Apostaría algo a que ha estado usando esos poderes en provecho propio. Ha eliminado a sus socios y ahora está solo... bueno, solo no, porque queda Chambers, aun-que éste, al parecer, ha quedado fuera de juego. Pero tras haber engañado a Sampson y a Compton y a Cove, ahora quiere hacer lo mismo con Khamu-Kto. ¿No es cierto?

Sir Everett pareció sentirse incómodo.

—Creo que es hora ya de suspender la conversación —dijo fríamente—. Ahora usted, señor Morgan, ya ve que tengo buena memoria, arrancará el cordón dé una de esas cortinas y atará a su amiguita. Luego yo le ataré a

usted.

—Y así quedará libre.

—Figúrese. —El dueño de la casa lanzó una estridente carcajada—. ¿Sabe cuánto vale este saco? ¡Pero basta de charla! ¡Haga lo que he dicho o antes de cinco segundos habrá aquí dos cadáveres!

Morgan miró fijamente al individuo y lo vio medio enloquecido por la codicia y también por el miedo. ¿A quién temía sir Everett?

Hubo un instante de silencio. Luego, Morgan se volvió hacia la cortina que tenía al lado y buscó el cordón.

—Por favor, sir Everett... ¿quiere mirar a su izquierda? —solicitó cortésmente—. Sospecho que no se ha dado cuenta de algo muy importante.

Fyfe volvió la cabeza un instante. Un espantoso grito brotó de sus labios en el acto.

—¡Ashaea! Está ahí... pero eso es imposible...

—Temo que esté equivocado, sir Everett. Es precisamente posible. Yo la estoy viendo y también la señorita Pallisse.

—Es cierto —dijo Cora.

La chica observó que el cuerpo de sir Everett se agitaba con temblores espasmódicos. De pronto, se oyó una voz en la puerta:

—También a mí querías engañarme, ¿verdad?

Morgan miró hacia la entrada. Vio a Khamu-Kto y no le extrañó su presencia en absoluto.

* * *

—Ya me engañaste una vez y no voy a permitir que lo repitas —añadió el africano.

Sir Everett le miró con furia.

—Khamu-Kto, tus brujerías no servirán de nada contra mí —exclamó.

Y, de súbito, sin previo aviso, disparó dos veces su revólver. Khamu-Kto gritó un poco. En sus ojos apareció una expresión de inenarrable sorpresa. Alzó las manos, pero antes de completar el gesto, dio media vuelta y cayó de bruces al suelo.

Sir Everett lanzó una atronadora carcajada.

—Su magia es menos poderosa que la de dos trocitos de plomo —exclamó burlonamente. Movió el revólver—. Morgan, no tengo nada contra ustedes, pero ya han visto que soy capaz de matar al que se interponga en mi camino. Haga el favor de cumplir la orden que le he dado.

—Está bien...

El joven pensó que merecía la pena obedecer a sir Everett. A fin de cuentas, la propia vida era lo más valioso.

Momentos después, Cora estaba atada a una silla. Morgan se sentó en la otra y dejó que sir Everett le atase, sin ofrecer la menor resistencia.

—Una pregunta, por favor —dijo cuando Fyfe hubo terminado.

—¿Sí?

—Usted y Khamu-Kto estaban de acuerdo. ¿Fue él quien puso la droga en las botellas de whisky?

—¿Se refiere a la droga que hace arder el cuerpo humano? Sí, claro. No conozco su composición, ni me importa, ni pienso usarla. En África hay todavía misterios que nos resultan incomprensibles, pero cuando uno es inteligente, puede poner esas fuerzas desconocidas a su servicio.

—Entonces, por eso respetó a Chambers.

—Chambers no tomó parte en la operación ni sintió interés por las joyas. ¿Satisfecho?

—No del todo. ¿Fue usted quien destrozó la estatua de la diosa a martillazos?

Los ojos de sir Everett se iluminaron con una extraña llamarada de furor.

—Sí —admitió—. Odiaba esa escultura...

—Pero ahora está ahí de nuevo.

Hubo un instante de silencio. De pronto, sir Everett dejó caer al suelo el saquete con las piedras preciosas y corrió fuera de la habitación. Parecía haberse olvidado de su tesoro. Incluso había dejado caer el revólver.

—Cora, te he hecho los nudos flojos —bisbiseó Morgan—. No hagas nada hasta tener la seguridad de que ese loco está lejos de la casa.

—Descuida.

Sir Everett reapareció de pronto, con un enorme martillo en las manos.

—¡Te odio, maldita, te odio! —aulló.

Y alzó las dos manos, disponiéndose a descargar el martillo sobre la cabeza de la estatua.

Entonces, la estatua se animó.

Cobró vida.

Su pecho se alzó lentamente y sus brazos se movieron, pero no para detener el golpe, sino dirigiéndolos hacia el rostro de su atacante.

En el mismo instante, se oyó un terrible alarido:

—¡Arde, diosa, arde! ¡Quémalo con tu fuego de poder sin límites!

Morgan creía soñar. Volvió la cabeza y divisó a Khamu-Kto, aún en el suelo, ligeramente erguido, apoyado sobre las dos manos. Hilos de rojo líquido caían de las heridas abiertas en su pecho por las balas.

—¡Arde, arde! —gritaba el africano.

La estatua se movió. Descendió de su pedestal.

El martillo se desprendió de unas manos que, repentinamente, se habían quedado sin fuerza. Sir Everett tenía los ojos fuera de las órbitas.

—¡No... no...! —chilló frenéticamente.

La diosa le abrazó. Entonces, hombre y mujer se convirtieron en una llama azul.

Cora desvió la mirada. El espectáculo era irresistible. Creyó que iba a desmayarse.

Ashaea y sir Everett ardían silenciosamente, envueltos en aquellas

diabólicas llamas azules. Morgan contemplaba la escena, fascinado por el horror que se desprendía de aquellos dos cuerpos envueltos en fuego.

Khamu-Kto había caído de bruces, tras lanzar su último conjuro. Ya no había movimientos en su cuerpo.

De pronto, Ashaea y sir Everett empezaron a desmoronarse. Montoncitos de ceniza, en los que aún había llamas azules, se esparcieron por el suelo. Un minuto más tarde, la diosa y su víctima habían desaparecido.

—Cora —llamó el joven.

—Randy... —dijo ella desmayadamente.

—Suéltate, pronto. Hemos de avisar a la Policía.

Cora le dirigió una afligida mirada.

—No nos creerán...

Repentinamente, se oyeron pasos en el exterior. La puerta se abrió bruscamente. El sargento Anstrum franqueó el umbral, deteniéndose a dos pasos de la entrada.

—Parece que llego un poco tarde —dijo, al observar el cadáver del africano.

—Al menos, llega con tiempo suficiente para desatarnos —contestó Morgan.

—Sí, pero, ¿qué ha pasado?

Morgan lanzó una sarcástica carcajada.

—Estoy seguro de que no nos va a creer —manifestó.

—Y yo estoy dispuesto a aceptar todo lo que me cuenten —respondió Anstrum llanamente. Miró las cenizas negras—. Apuesto a que eso es todo lo que queda de sir Everett —añadió.

—Ha acertado usted, sargento —suspiró Morgan.

—Por favor, las piedras preciosas —indicó Cora.

Anstrum vio el saquete caído en el suelo y se agachó para recogerlo. Miró en su interior y sus cejas se alzaron a la vez que emitía un silbido de admiración.

—Fascinante —dijo—. Me parece estar viendo el tesoro de las minas del rey Salomón.

* * *

—¿Fue verdad todo lo que vimos, Randy? —murmuró Cora algunos días más tarde.

—Para nosotros, es la verdad y eso es lo que importa —contestó él.

—Escribirás la historia, supongo.

—Tengo ya un borrador, pero hay otra noticia agradable. Mi director quiere verme. Parece ser que se ha arrepentido de su primer impulso.

—Entonces, volverás al periódico.

—Es posible. A fin de cuentas, necesito un empleo.

Sacó cigarrillos y ofreció uno a la chica. Después de encender el suyo,

dijo:

—Pero en los ratos libres escribiré la historia y Reg Sands se encargará de ilustrarla —añadió.

Cora sonrió.

—Estoy segura de que será un éxito —dijo—. ¿Conoces la noticia?

—¿Qué noticia?

—Chambers va a emprender una expedición a Keshaua. Ha conseguido que el Gobierno devuelva las piedras a sus dueños.

—Magnífico.

—Le han otorgado una subvención y viajará con los hombres y el equipo necesarios para realizar una expedición auténticamente científica. Y esta vez no habrá traiciones, ni robos, ni magia...

Cora miraba fijamente al joven y lo vio serio y triste.

—Randy.

—Dime, preciosa.

—¿Te enamoraste de Ashiea?

Hubo un largo silencio. Morgan contemplaba el humo que se desprendía de su cigarrillo.

—Creo que me enamoré de un imposible, de algo que nunca existió —dijo al cabo. Sonrió y fijó la vista en la chica—. Un hombre debe enamorarse de algo que sea posible.

—¿Por ejemplo...?

—Tú, si no tienes inconveniente.

—Creo que no, Randy.

* * *

Algún tiempo después, se recibieron noticias de la expedición dirigida por Zeb Chambers.

Los expedicionarios hicieron el viaje sin novedad y fueron amablemente acogidos en Keshaua, en donde les dieron toda clase de facilidades para realizar su misión científica.

Pero cuando Chambers y sus acompañantes, tras las ceremonias de purificación correspondiente, pudieron entrar en la Cámara de las Plegarias, recibieron una enorme sorpresa.

La estatua de la diosa estaba allí, en su sitio.

Uno de los nativos dijo que Ashaea se había ausentado momentáneamente para ejecutar su venganza contra los traidores y que había regresado, después de cumplida su misión. Reverentemente, Chambers puso las piedras de nuevo en el lugar que debían ocupar.

La noticia llegó a Londres y el señor y la señora Morgan lo supieron a su debido tiempo.

—Nos enfrentamos con un misterio que jamás podremos comprender —dijo Cora.

Morgan suspiró. Nunca sabría si había sido un sueño o una realidad... Jamás sabría si había tenido en sus brazos a la hermosa Ashaea. Pero aunque hubiera sido un sueño, se dijo, había resultado algo completamente real.

Nunca la olvidaría, se dijo. Pero no lamentaría su ausencia.

Tenía a Cora a su lado.

FIN